

Domingo XXXIII del Tiempo Ordinario (ciclo B)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- **SAN JUAN CRISÓSTOMO** (www.iveargentina.org)
- **FRANCISCO** – Homilía en Santa Marta y Catequesis en el Año de la Fe
- **BENEDICTO XVI** – Catequesis (12 de noviembre de 2008) – Ángelus 2009 y 2012
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO** – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos
- **RANIERO CANTALAMESSA** (www.cantalamessa.org)
- **FLUVIUM** (www.fluvium.org)
- **PALABRA Y VIDA** (www.palabrayvida.com.ar)
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** (www.almudi.org)
 - Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II
 - Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva
 - Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica
- **HABLAR CON DIOS** (www.hablarcondios.org)
- **Rev. D. Pedro IGLESIAS Martínez** (Rubí, Barcelona, España) (www.evangelinet.net)

DEL MISAL MENSUAL

LOS QUE DUERMEN EN EL POLVO

Dn 12,1-3; Hb 10,11-14. 18; Mc 13, 24-32

Tanto el trozo de libro de Daniel como el fragmento del discurso escatológico del Evangelio de san Marcos tienen una función similar: persuadir y sostener la esperanza de una comunidad creyente que atraviesa por momentos de prueba y sufrimiento excesivos. Los que padecen sufrimientos desmedidos sienten que Dios se ausenta y que su fortaleza se desdibuja. El Señor Jesús sabía por propia experiencia, que no resultaba creíble dar crédito a los mensajes de consuelo. Por otra parte, la fidelidad de Dios es el referente que sostiene a los discípulos en los momentos de prueba. El Señor Jesús también enfrentó momentos de incertidumbre y aprendió a abandonarse confiadamente en las manos del Padre.

ANTÍFONA DE ENTRADA Jr 29, 11. 12. 14

Yo tengo designios de paz, no de aflicción, dice el Señor. Ustedes me invocarán y yo los escucharé y los libraré de la esclavitud donde quiera que se encuentren.

ORACIÓN COLECTA

Concédenos, Señor, Dios nuestro, alegrarnos siempre en tu servicio porque la profunda y verdadera alegría está en servirte siempre a ti, autor de todo bien. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Entonces se salvará tu pueblo.

Del libro del profeta Daniel: 12, 1-3

En aquel tiempo, se levantará Miguel, el gran príncipe que defiende a tu pueblo.

Será aquel un tiempo de angustia, como no lo hubo desde el principio del mundo. Entonces se salvará tu pueblo; todos aquellos que están escritos en el libro. Muchos de los que duermen en el polvo, despertarán: unos para la vida eterna, otros para el eterno castigo.

Los guías sabios brillarán como el esplendor del firmamento, y los que enseñan a muchos la justicia, resplandecerán como estrellas por toda la eternidad. **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 15, 5.8. 8-19. 11

R/. Enséñanos, Señor el camino de la vida.

El Señor es la parte que me ha tocado en herencia: mi vida está en sus manos. Tengo siempre presente al Señor y con Él a mi lado, jamás tropezaré. **R/.**

Por eso se me alegran el corazón y el alma y mi cuerpo vivirá tranquilo, porque tú no me abandonarás a la muerte ni dejarás que sufra yo la corrupción. **R/.**

Enséñame el camino de la vida, sáciami de gozo en tu presencia y de alegría perpetua junto a ti. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

Con una sola ofrenda Cristo hizo perfectos para siempre a los que ha santificado.

De la carta a los hebreos: 10, 11-14. 18

Hermanos: En la antigua alianza los sacerdotes ofrecían en el templo, diariamente y de pie, los mismos sacrificios, que no podían perdonar los pecados. Cristo, en cambio, ofreció un solo sacrificio por los pecados y se sentó para siempre a la derecha de Dios; no le queda sino aguardar a que sus enemigos sean puestos bajo sus pies. Así, con una sola ofrenda, hizo perfectos para siempre a los que ha santificado. Porque una vez que los pecados han sido perdonados, ya no hacen falta más ofrendas por ellos. **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Cfr. Lc 21, 36

R/. Aleluya, aleluya.

Velen y oren, para que puedan presentarse sin temor ante el Hijo del hombre. R/.

EVANGELIO

Congregará a sus elegidos desde los cuatro puntos cardinales.

Del santo Evangelio según san Marcos: 13, 24-32

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: “Cuando lleguen aquellos días, después de la gran tribulación, la luz del sol se apagará, no brillará la luna, caerán del cielo las estrellas y el universo entero se conmoverá. Entonces verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes con gran poder y majestad. Y Él enviará a sus ángeles a congregar a sus elegidos desde los cuatro puntos cardinales y desde lo más profundo de la tierra a lo más alto del cielo.

Entiendan esto con el ejemplo de la higuera. Cuando las ramas se ponen tiernas y brotan las hojas, ustedes saben que el verano está cerca. Así también, cuando vean ustedes que suceden estas cosas, sepan que el fin ya está cerca, ya está a la puerta. En verdad que no pasará esta generación sin que todo esto se cumpla. Podrán dejar de existir el cielo y la tierra, pero mis palabras no dejarán de cumplirse. Nadie conoce el día ni la hora. Ni los ángeles del cielo ni el Hijo; solamente el Padre”.

Palabra del Señor. Gloria a ti, Señor Jesús.

Credo

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Concédenos, Señor, que estas ofrendas que ponemos bajo tu mirada, nos obtengan la gracia de vivir entregados a tu servicio y nos alcancen, en recompensa, la felicidad eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Sal 72, 28

Mi felicidad consiste en estar cerca de Dios y en poner sólo en él mis esperanzas.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Al recibir, Señor, el don de estos sagrados misterios, te suplicamos humildemente que lo que tu Hijo nos mandó celebrar en memoria suya, nos aproveche para crecer en nuestra caridad fraterna. Por Jesucristo, nuestro Señor.

UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO.- No tiene mucho mérito dar lecciones de esperanza cuando se disfruta de bonanza y prosperidad. Quienes tienen autoridad moral para hacerlo son quienes han superado momentos de prueba y sufrimiento. Sin duda alguna el Señor Jesús podía alentar a sus discípulos a la resistencia y la fidelidad, porque su vida misma así lo mostraba. Los apóstoles y testigos consumados en la obediencia a Dios no solamente existieron en los primeros siglos de la Iglesia, también están entre nosotros. Las mujeres y hombres que coordinan grupos y comunidades eclesiales, sin dejarse arrinconar por la violencia y la criminalidad, que continúan buscando caminos para hacer presente el Evangelio en colonias populares, en sanatorios y hospitales, en centros de atención para migrantes, madres abandonadas, o que se suman a iniciativas de promoción comunitaria, están rindiendo un discreto testimonio profético en nombre de Jesús.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

Los que duermen en el polvo de la tierra despertarán (Dn 12,1-3)

1ª lectura

La profecía concluye anunciando la salvación del pueblo de Dios por mediación de Miguel, el ángel protector de Israel. La imagen de los inscritos en el libro expresa quiénes son verdaderamente el pueblo de Dios: aquellos que Él considera tales debido a su fidelidad. No se habla ahora de un reino eterno en la tierra como en 2,44 y 7,14, pero se supone, ya que los que han muerto resucitarán, o bien para participar de él o bien para sufrir el castigo merecido. La nueva situación de unos y otros tendrá carácter definitivo, para la eternidad. La mayor gloria será para quienes hayan conocido y enseñado la Ley, para los maestros, y no tanto para los mártires. El libro de Daniel va más allá que los profetas Isaías y Ezequiel que hablaban simbólicamente del resurgir del pueblo en términos de una resurrección (cfr Is 26,19; Ez 37). En Daniel, como en 2 M 7,14.29, la resurrección se entiende en sentido real: «La resurrección de los muertos fue revelada progresivamente por Dios a su Pueblo.

La esperanza en la resurrección corporal de los muertos se impuso como una consecuencia intrínseca de la fe en un Dios creador del hombre todo entero, alma y cuerpo. El creador del cielo y de la tierra es también Aquel que mantiene fielmente su Alianza con Abraham y su descendencia. En esta doble perspectiva comienza a expresarse la fe en la resurrección» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 992).

Por otro lado Daniel proclama la resurrección no sólo de los mártires, como sucede en 2 Macabeos, sino de todos, pues tal es el sentido del término «muchos». También la Iglesia a la luz de las palabras de Jesús cree que resucitarán «todos los hombres que han muerto: “los que hayan hecho el bien resucitarán para la vida, y los que hayan hecho el mal, para la condenación” (Jn 5,29; cfr Dn 12,2)» (*ibidem*, n. 998).

Con una sola oblación hizo perfectos para siempre a los que son santificados (Hb 10,11-14.18)

2ª lectura

El sacrificio de Jesucristo es superior a los sacrificios de la Antigua Ley. Éstos tenían que reiterarse (cfr vv. 1-4) y no podían borrar los pecados (v. 11). En cambio, el sacrificio de Cristo en la cruz es único y perfecto «para siempre» (vv. 12-14). Los que participan de él alcanzan la perfección, es decir, el perdón de los pecados, la pureza de conciencia y el acceso y la unión con Dios. En otras palabras, la santidad deriva del sacrificio del Calvario.

Conviene recordar que la Santa Misa es la renovación de este único sacrificio de Cristo, pero no reiteración al modo de los antiguos sacrificios: «El sacrificio de Cristo y el sacrificio de la Eucaristía son, pues, *un único sacrificio*: “Es una y la misma víctima, que se ofrece ahora por el ministerio de los sacerdotes, que se ofreció a sí misma entonces sobre la cruz; sólo difiere la manera de ofrecer” (Cc. de Trento: DS 1743)» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1367).

El Hijo del Hombre viene sobre las nubes con gran poder y gloria (Mc 13,24-32)

Evangelio

Tras el tiempo de la Iglesia militante, viene el tiempo del Hijo del Hombre triunfante. El destino del mundo se resume en el momento glorioso en el que Jesús viene a juzgar al mundo y salvar a sus elegidos (vv. 26-27). Los sufrimientos de los cristianos son el camino que conduce a la venida gloriosa del Hijo del Hombre.

En dos ocasiones, y referidas a dos momentos distintos, habló el Señor de su venida triunfal como Hijo del Hombre. En casa de Caifás, les dijo a los presentes: «Veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes» (14,62); aquí, en cambio, habla de un momento más remoto y dice que al final de la historia, los que vivan entonces, «verán» al Hijo del Hombre (v. 26). Por tanto, parece que las palabras de Jesús señalan dos momentos distintos: en casa de Caifás anuncia su resurrección gloriosa, que es como una señal de su posterior venida triunfal. En ambos casos, la profecía del Señor evoca al Hijo del Hombre glorioso anunciado por el profeta Daniel (Dn 7,1-28): pueden sucederse los reinados opuestos al pueblo de los santos, pero al final se rendirán ante Él y le acatarán. Por otra parte, las señales que se mencionan en los versículos anteriores (vv. 24-25) recuerdan el juicio vindicativo de Dios sobre Babilonia y Edom (Is 13,10; 34,4); Dios está preparado para juzgar, para premiar y para castigar. La significación del pasaje la resumía San Agustín cuando comentaba la venida en majestad del Hijo del Hombre: «Veo que esto se puede entender de dos maneras. Puede venir sobre la Iglesia como sobre una nube, como ahora no cesa de venir, conforme a lo que dijo: *Ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la derecha de la*

virtud viniendo sobre las nubes del cielo. Pero entonces vendrá con gran poder y majestad porque en los santos aparecerán más su poder y su majestad divinas, porque les aumentó la fortaleza para que no sucumbieran en las persecuciones. Aunque puede entenderse también como que viene en su Cuerpo, en el que *está sentado a la derecha del Padre*, en el que murió y resucitó» (*Epistolae* 199,11,41).

Los versículos finales del discurso (vv. 18-37) resumen cuál debe ser la actitud de los discípulos del Señor (v. 37): estar en vela, vigilantes (vv. 33.35.37). Lo seguro es que el Señor vendrá. Con la imagen de la higuera (v. 28), el último árbol en dar hojas en el ciclo anual, enseña que es posible que tarde en llegar más de lo que piensan, pero su venida es segura, tan segura como el ciclo del árbol. Eso es lo que permite distinguir una frágil espera de una esperanza segura.

«Nadie sabe de ese día y de esa hora: ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre» (v. 32). La frase ha sido una de las *crux interpretum* de los estudiosos de los evangelios. En el contexto de las palabras de Jesús (vv. 30-33), tiene más lógica que aislada. Los escritos apocalípticos presentaban nuevas revelaciones sobre los acontecimientos de la generación presente y el eón o mundo futuro (v. 30). En esa línea argumental, Jesús les dice que no den fe a nuevas revelaciones (v. 32), sólo sus palabras tienen valor perenne (v. 31), y sus palabras son únicamente una: velad (v. 33). En estas condiciones, las palabras de Jesús pueden interpretarse, como hicieron algunos Padres, no como desconocimiento de Cristo acerca de ese momento, sino como conveniencia de no manifestarlo, y pueden interpretarse también como desconocimiento de Jesús en cuanto hombre: «Cuando los discípulos le preguntaron sobre el fin, ciertamente, conforme al cuerpo carnal, les respondió: *Ni siquiera el Hijo*, para dar a entender que, como hombre, tampoco lo sabía. Es propio del ser humano el ignorarlo. Pero en cuanto que Él era el Verbo, y Él mismo era el que había de venir, como juez y como esposo, por eso conoció cuándo y a qué hora había de venir. (...) Pero como se hizo hombre, tuvo hambre y sed y padeció como los hombres y del mismo modo que los hombres, en cuanto hombre no conocía, pero en cuanto Dios, en cuanto era el Verbo y la Sabiduría del Padre, no desconocía nada» (S. Atanasio, *Contra Arianos* 3,46).

SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)

Advenimiento del Hijo del hombre

Ya, pues, que ha dicho cómo vendrá el anticristo, por ejemplo, en qué lugar, dice también cómo vendrá Él mismo. — ¿Cómo vendrá, pues, Él mismo? — Como *el relámpago sale de oriente y brilla hasta occidente, así será el advenimiento del Hijo del hombre. Porque donde estuviere el cadáver, allí también se congregarán las águilas.* ¿Cómo aparece, pues, el relámpago? El relámpago no necesita quien lo anuncie, no necesita de heraldo. Aun a los ojos de quienes están sentados dentro casas o en sus recámaras, en un instante de tiempo aparece él por sí mismo en toda la extensión de la tierra. Así se aquel segundo advenimiento, que aparecerá a la vez en toda las partes por el resplandor de su gloria. Y todavía habla de otra señal: Donde estuviere el cadáver, allí también se congregarán las águilas; es decir, la muchedumbre de los ángeles, los mártires y de los santos todos. Luego, de prodigios espantosos. ¿Qué prodigios serán éstos? Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días —dice—, el sol se oscurecerá. ¿Qué tribulación de aquellos días? La de los días del anticristo y los falsos profetas. Grande, en efecto, será la tribulación, cuando tantos serán los impostores. Pero no se prolongará por mucho tiempo. Porque si la guerra de los judíos abrevió por amor de los escogidos, con más razón se acortará esta prueba por amor de esos mismos escogidos. De ahí que no dijo: “Después de la tribulación”, sino: Inmediatamente después de la tribulación de

aquellos días, el sol se oscurecerá. Porque todo sucede casi al mismo tiempo. Los seudocristos y seudoprofetos vendrán perturbándolo todo, e inmediatamente aparecerá el Señor. A la verdad, no será pequeña la turbación que se apoderará de toda la tierra. Mas ¿cómo aparecerá el Señor? Transformada ya toda la creación. Porque: *El sol a oscurecerá*; no porque desaparezca, sino vencido por la claridad de su presencia, y las estrellas del cielo caerán. Porque ¿qué necesidad habrá de ellas, cuando ya no habrá noche? Y las potencias del cielo se conmoverán. Y con mucha razón, pues han de ver tamaña transformación. Porque si, cuando fueron creadas las estrellas, de aquel modo se estremecieron y maravillaron —Cuando nacieron las estrellas —dice la Escritura— me alabaron a grandes gritos todos los ángeles’—, ¿cuánto más se maravillarán y estremecerán viendo transformada toda la creación, y cómo rinden cuentas los que son siervos de Dios como ellas, y cómo toda la tierra se presenta delante del terrible tribunal y a todos los nacidos desde Adán hasta el advenimiento del Señor se les pide razón de todo lo que hicieron? *Entonces aparecerá la señal del Hijo del hombre en el cielo*, es decir, la cruz, que resplandecerá más que el mismo sol, puesto caso que éste se oscurecerá y esconderá y ella brillará. Y no brillaría si no fuera más esplendente que los rayos mismos del sol. ¿Por qué razón, pues, aparece la señal de la cruz? Para tapar con creces la boca a impudencia de los judíos. Ninguna justificación mejor que la cruz para sentarse Cristo en su tribunal, mostrando no sólo sus llagas sino la muerte ignominiosa a que fue condenado. *Entonces golpearán las tribus*. A la vista de la cruz, no habrá necesidad de acusación. Se golpearán, porque no sacaron provecho alguno de su muerte, porque crucificaron al mismo a quien debieran haber adorado. Mirad cuán espantosamente ha descrito el Señor su segundo advenimiento y cómo ha levantado los pensamientos de sus discípulos. Y ha puesto primero lo triste y después lo alegre para de esta manera consolarlos y animarlos. Y nuevamente les recuerda su pasión y resurrección y hace mención de la cruz en forma más brillante, a fin de que ellos no se avergonzaran ni tuvieran pena, pues Él había de venir llevando por delante la cruz misma por estandarte. Otro evangelista dice: *Verán a Aquel a quien traspasaron*. De ahí por qué se golpearán las tribus, pues verán que es Él mismo. Y ya que hizo mención de la cruz, prosiguió: *Verán al Hijo del hombre, que viene no sobre la cruz, sino sobre las nubes del cielo con grande poder y gloria*. No pienses —dice— que, porque oigas hablar de cruz, va nuevamente a haber nada triste. No. Su venida será con gran poder y gloria. Si trae consigo la cruz porque quiere que el pecado de ellos sea condenado por mismo, como si el que sufrió una pedrada mostrara la piedra misma o los vestidos ensangrentados: Y vendrá sobre una nube tal como subió al cielo. Y al ver estas cosas, las tribus se lamentarán. Y no será lo malo que se lamentarán, sino que tal lamento será darse su propia sentencia y condenarse a sí mismos. Luego, de nuevo: *Enviará a sus ángeles con gran trompeta, y congregarán de los cuatro vientos a los elegidos, de un punto a otro de los cielos*. Al oír esto, considerad el castigo de los que queden. Porque no sufrirán sólo el castigo pasado, sino también éste. Y como antes dijo que dirían: *Bendito el que viene en el nombre del Señor*, así dice aquí que se golpearán. Y es así que como les había hablado de terribles guerras, porque se dieran cuenta que justamente con los castigos de acá les esperaban los suplicios de allá, los presenta golpeándose el pecho y separados de los elegidos y destinados al infierno. Lo que era otro modo de despertar a sus discípulos y mostrarles de cuan grandes males habían de librarse y de cuan grandes bienes gozar.

Temor de aquel día terrible

Y ¿por qué llama el Señor a sus elegidos por medio de ángeles, si ha de venir Él tan manifiestamente? Porque quiere honrarlos también de este modo. Pablo, por su parte, añade que serán arrebatados sobre las nubes. Así lo dijo hablando de resurrección. Porque: *El Señor mismo — dice— bajará del cielo a la voz de mando, a la voz del arcángel*. Así, después de resucitados, los reunirán los ángeles y, después de reunidos, los arrebatarán las nubes. Y todo ello en un momento, en

un punto de tiempo indivisible. Porque no los llama el Señor quedándose en el cielo, sino que viene Él mismo al son de la trompeta. ¿Y qué necesidad hay de trompeta y de sonido? La trompeta servirá para despertar y para alegrar, para representar el pasmo de los que son elegidos y el dolor de los que son abandonados. ¡Ay de nosotros en aquel terrible día! Cuando debiéramos alegrarnos al oír todo esto, nos llenamos de pena y nos ponemos s y cariacontecidos. ¿O es que soy sólo yo a quien eso pasa y vosotros os alegráis de oírlo? Porque a mí, cierto, cuando digo, un estremecimiento me entra por todo mi ser y amargamente me lamento y suspiro de lo más profundo de mi corazón. Porque poco me importa todo esto, lo que me hace temblar es lo que luego sigue en el Evangelio: la parábola de las vírgenes, la del que enterró el talento que se le había dado, la del mayordomo malo. Lo que me hace llorar es considerar cuánta gloria vamos a perder, cuánta esperanza de bienes, y eso eternamente y para siempre, por no poner un poco de empeño. Porque, aun cuando el trabajo fuera mucho y la ley pesada, aun así habría que hacerlo todo. Sin embargo, alguna excusa pudieran entonces tener muchos tibios; vana sin duda pero, en fin, parecería que la tenían. ¡Eran tan extremadamente pesados los mandamientos, tanto el trabajo, tan interminable tiempo, tan insoportable la carga! Pero la verdad es que nada de esto cabe ahora pretextar. Lo cual no nos roerá menos que el infierno mismo en aquel tiempo, cuando veamos que por momento, por un poco de trabajo, perdimos el cielo y sus bienes inefables. Porque, a la verdad, breve es el tiempo y poco trabajo. Y, sin embargo, desfallecemos y decaemos. En la tierra luchas, y en el cielo eres coronado; por los hombres eres atormentado, y por Dios serás honrado; durante dos días corres y los premios durarán por siglos sin término; la lucha es en cuerpo corruptible, y la gloria será en el incorruptible. Y otra cosa hay también que considerar, y es que, si no queremos padecer algo por amor de Cristo, lo habremos de padecer de todos modos por otro motivo. Pues no porque no muramos por Cristo vamos a ser inmortales, ni porque no nos desprendamos del dinero por amor de Cristo nos lo vamos a llevar con nosotros de este mundo. El Señor no te pide sino lo que, aunque no te lo pida, tendrás que darlo, porque eres mortal. Sólo quiere que hagas voluntariamente lo mismo que tendrás que hacer a la fuerza. Sólo te pide que añadas el hacerlo por su amor. Porque que la cosa haya de suceder y pasar, lo lleva la necesidad misma de la naturaleza. ¡Mirad cuán fácil es el combate! Lo qué de todos modos es forzoso que padezcas, quiérello padecer por mi amor. Con sólo eso que añadas, tengo yo por suficiente la obediencia. Lo que has de prestar a otro, préstamelo a mí, y a más interés y con más seguridad. El nombre que vas a dar a otra milicia, dalo a la mía, porque yo sobrepaso con creces tus trabajos con mis recompensas. Pero tú, que prefieres siempre al que da más: en los préstamos, en las ventas y en la milicia, sólo no aceptas a Cristo, que te da más, e infinitamente más que nadie. Pues ¿qué tan grande guerra es ésta? ¿Qué tan gran enemistad es ésta? ¿Qué perdón, qué defensa puedes tener ya, cuando ni en aquello porque prefieres a los hombres a los prefieres Dios a los hombres? ¿Por qué encomiendas a la tierra tu tesoro? Dalo a mi mano, te dice. Dios. ¿No te parece más de fiar que la tierra es el dueño mismo de la tierra. La tierra devuelve lo que deposita en ella, y, a veces, ni tos te paga por dárselo que te lo guarde. De ahí que, si quieres prestar, Él está preparado; si quieres sembrar, Él lo recibe, si quieres edificar, al te atrae a sí. Edifica —te dice— en mi terreno. ¿A qué corres tras los pobres, tras los hombres, que son pobres mendigos? Corre en pos de Dios, que, aun por pequeñas cosas, te las procura grandes. Mas ni aun oyendo esto nos decidimos a ir a Él. Allí vamos apresurados donde hay luchas y guerras y combates y pleitos y calumnias.

(Homilías sobre san Mateo, Homilía, 76, 3-5, Ed. BAC, Madrid, 1966, pp. 519-525)

FRANCISCO – Homilía en Santa Marta y Catequesis en el Año de la Fe

El dueño del tiempo

Homilía del 26 de noviembre de 2013

Cuidado con ilusionarse en ser dueños de nuestro tiempo. Se puede ser dueños del momento que estamos viviendo, pero el tiempo pertenece a Dios y Él nos dona la esperanza para vivirlo. Hay mucha confusión hoy en determinar a quién efectivamente pertenezca el tiempo, pero -advirtió el Papa Francisco en la homilía de la misa celebrada el 26 de noviembre, por la mañana, en la capilla de Santa Marta- no debemos dejarnos engañar. Y explicó el por qué y el cómo deteniéndose a reflexionar sobre las lecturas de este último período del año litúrgico, durante el cual “la Iglesia nos hace reflexionar sobre el final”.

San Pablo, destacó el Papa, “muchas veces vuelve sobre esto y lo dice muy claramente: “La fachada de este mundo desaparecerá”. Pero esto es otra cosa. Las lecturas hablan a menudo de destrucción, de final, de calamidad”. El camino hacia el final es un sendero que debe recorrer cada uno de nosotros, cada hombre, toda la humanidad. Pero mientras lo recorremos “el Señor nos aconseja dos cosas -especificó el Pontífice-. Dos cosas que son distintas según cómo vivimos. Porque es diferente vivir en el momento y vivir en el tiempo”. Y subrayó que “el cristiano es, hombre o mujer, aquél que sabe vivir en el momento y sabe vivir en el tiempo”.

El momento, añadió el Obispo de Roma, es lo que tenemos en la mano en el instante en el que vivimos. Pero no se debe confundir con el tiempo porque el momento pasa. “Tal vez nosotros -precisó- podemos sentirnos dueños del momento”. Pero, añadió, “el engaño es creernos dueños del tiempo. El tiempo no es nuestro. El tiempo es de Dios”. Ciertamente el momento está en nuestras manos y tenemos también la libertad de tomarlo como más nos guste, explicó una vez más el Papa. Es más, “podemos llegar a ser soberanos del momento. Pero del tiempo existe sólo un soberano: Jesucristo. Por ello el Señor nos aconseja: No os dejéis engañar. Muchos, en efecto, vendrán en mi nombre diciendo: Soy yo, y el tiempo está cerca. No vayáis detrás de ellos. No os dejéis engañar en la confusión”.

¿Cómo es posible superar estos engaños? El cristiano, explicó el Santo Padre, para vivir el momento sin dejarse engañar debe orientarse con la oración y el discernimiento. “Jesús reprendía a los que no sabían discernir el momento”, añadió el Papa que luego hizo referencia a la parábola de la higuera (cf. Mc 13, 28-29), donde Cristo reprende a quienes son capaces de intuir la llegada del verano al ver florecer la higuera y no saben, en cambio, reconocer los signos de este “momento, parte del tiempo de Dios”.

He aquí para qué sirve el discernimiento, explicó: “para conocer los signos auténticos, para conocer el camino que debemos seguir en este momento”. La oración, prosiguió el Pontífice, es necesaria para vivir bien este momento.

En cambio, en lo que respecta al tiempo, “del cual sólo el Señor es dueño”, nosotros -reafirmó el Pontífice- no podemos hacer nada. No existe, en efecto, una virtud humana que pueda servir para ejercitar algún poder sobre el tiempo. La única virtud posible para contemplar el tiempo “la debe regalar el Señor: es la esperanza”.

Oración y discernimiento para el momento; esperanza para el tiempo: “de esta manera, el cristiano se mueve por este camino del momento, con la oración y el discernimiento. Pero deja el tiempo a la esperanza. El cristiano sabe esperar al Señor en cada momento; pero espera en el Señor al final de los tiempos. Hombre y mujer de momentos y de tiempo, de oración y discernimiento y de esperanza”.

La invocación final del Papa ha sido: “Que el Señor nos dé la gracia de caminar con sabiduría. También ésta es un don: la sabiduría que en el momento nos conduce a orar y a discernir; y en el tiempo, que es mensajero de Dios, nos hace vivir con esperanza”.

Catequesis del 24 de abril de 2013

Vendrá de nuevo en la gloria para juzgar a vivos y muertos

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En el *Credo* profesamos que Jesús «de nuevo vendrá en la gloria para juzgar a vivos y muertos». La historia humana comienza con la creación del hombre y la mujer a imagen y semejanza de Dios y concluye con el juicio final de Cristo. A menudo se olvidan estos dos polos de la historia, y sobre todo la fe en el retorno de Cristo y en el juicio final a veces no es tan clara y firme en el corazón de los cristianos. Jesús, durante la vida pública, se detuvo frecuentemente en la realidad de su última venida. Hoy desearía reflexionar sobre tres textos evangélicos que nos ayudan a entrar en este misterio: el de las diez vírgenes, el de los talentos y el del juicio final. Los tres forman parte del discurso de Jesús sobre el final de los tiempos, en el Evangelio de san Mateo.

Ante todo recordemos que, con la Ascensión, el Hijo de Dios llevó junto al Padre nuestra humanidad que Él asumió y quiere atraer a todos hacia sí, llamar a todo el mundo para que sea acogido entre los brazos abiertos de Dios, para que, al final de la historia, toda la realidad sea entregada al Padre. Pero existe este «tiempo inmediato» entre la primera venida de Cristo y la última, que es precisamente el tiempo que estamos viviendo. En este contexto del «tiempo inmediato» se sitúa la parábola de las diez vírgenes (cf. *Mt 25*, 1-13). Se trata de diez jóvenes que esperan la llegada del Esposo, pero él tarda y ellas se duermen. Ante el anuncio imprevisto de que el Esposo está llegando todas se preparan a recibirle, pero mientras cinco de ellas, prudentes, tienen aceite para alimentar sus lámparas; las otras, necias, se quedan con las lámparas apagadas porque no tienen aceite; y mientras lo buscan, llega el Esposo y las vírgenes necias encuentran cerrada la puerta que introduce en la fiesta nupcial. Llamán con insistencia, pero ya es demasiado tarde; el Esposo responde: no os conozco. El Esposo es el Señor y el tiempo de espera de su llegada es el tiempo que Él nos da, a todos nosotros, con misericordia y paciencia, antes de su venida final; es un tiempo de vigilancia; tiempo en el que debemos tener encendidas las lámparas de la fe, de la esperanza y de la caridad; tiempo de tener abierto el corazón al bien, a la belleza y a la verdad; tiempo para vivir según Dios, pues no sabemos ni el día ni la hora del retorno de Cristo. Lo que se nos pide es que estemos preparados al encuentro —preparados para un encuentro, un encuentro bello, el encuentro con Jesús—, que significa saber ver los signos de su presencia, tener viva nuestra fe, con la oración, con los Sacramentos, estar vigilantes para no adormecernos, para no olvidarnos de Dios. La vida de los cristianos dormidos es una vida triste, no es una vida feliz. El cristiano debe ser feliz, la alegría de Jesús. ¡No nos durmamos!

La segunda parábola, la de los talentos, nos hace reflexionar sobre la relación entre cómo empleamos los dones recibidos de Dios y su retorno, cuando nos preguntará cómo los hemos utilizado (cf. *Mt 25*, 14-30). Conocemos bien la parábola: antes de su partida, el señor entrega a cada uno de sus siervos algunos talentos para que se empleen bien durante su ausencia. Al primero le da cinco, al segundo dos y al tercero uno. En el período de ausencia, los primeros dos siervos multiplican sus talentos —son monedas antiguas—, mientras que el tercero prefiere enterrar el suyo y devolverlo intacto al señor. A su regreso, el señor juzga su obra: alaba a los dos primeros, y el tercero es expulsado a las tinieblas, porque escondió por temor el talento, encerrándose en sí mismo.

Un cristiano que se cierra en sí mismo, que oculta todo lo que el Señor le ha dado, es un cristiano... ¡no es cristiano! ¡Es un cristiano que no agradece a Dios todo lo que le ha dado! Esto nos dice que la espera del retorno del Señor es el tiempo de la acción —nosotros estamos en el tiempo de la acción—, el tiempo de hacer rendir los dones de Dios no para nosotros mismos, sino para Él, para la Iglesia, para los demás; el tiempo en el cual buscar siempre hacer que crezca el bien en el mundo. Y en particular hoy, en este período de crisis, es importante no cerrarse en uno mismo, enterrando el propio talento, las propias riquezas espirituales, intelectuales, materiales, todo lo que el Señor nos ha dado, sino abrirse, ser solidarios, estar atentos al otro. En la plaza he visto que hay muchos jóvenes: ¿es verdad esto? ¿Hay muchos jóvenes? ¿Dónde están? A vosotros, que estáis en el comienzo del camino de la vida, os pregunto: ¿habéis pensado en los talentos que Dios os ha dado? ¿Habéis pensado en cómo podéis ponerlos al servicio de los demás? ¡No enterréis los talentos! Apostad por ideales grandes, esos ideales que ensanchan el corazón, los ideales de servicio que harán fecundos vuestros talentos. La vida no se nos da para que la conservemos celosamente para nosotros mismos, sino que se nos da para que la donemos. Queridos jóvenes, ¡tened un ánimo grande! ¡No tengáis miedo de soñar cosas grandes!

Finalmente, una palabra sobre el pasaje del juicio final, en el que se describe la segunda venida del Señor, cuando Él juzgará a todos los seres humanos, vivos y muertos (cf. *Mt* 25, 31-46). La imagen utilizada por el evangelista es la del pastor que separa las ovejas de las cabras. A la derecha se coloca a quienes actuaron según la voluntad de Dios, socorriendo al prójimo hambriento, sediento, extranjero, desnudo, enfermo, encarcelado —he dicho «extranjero»: pienso en muchos extranjeros que están aquí, en la diócesis de Roma: ¿qué hacemos por ellos?—; mientras que a la izquierda van los que no ayudaron al prójimo. Esto nos dice que seremos juzgados por Dios según la caridad, según como lo hayamos amado en nuestros hermanos, especialmente los más débiles y necesitados. Cierto: debemos tener siempre bien presente que nosotros estamos justificados, estamos salvados por gracia, por un acto de amor gratuito de Dios que siempre nos precede; solos no podemos hacer nada. La fe es ante todo un don que hemos recibido. Pero para dar fruto, la gracia de Dios pide siempre nuestra apertura a Él, nuestra respuesta libre y concreta. Cristo viene a traernos la misericordia de Dios que salva. A nosotros se nos pide que nos confiemos a Él, que correspondamos al don de su amor con una vida buena, hecha de acciones animadas por la fe y por el amor.

Queridos hermanos y hermanas, que contemplar el juicio final jamás nos dé temor, sino que más bien nos impulse a vivir mejor el presente. Dios nos ofrece con misericordia y paciencia este tiempo para que aprendamos cada día a reconocerle en los pobres y en los pequeños; para que nos empleemos en el bien y estemos vigilantes en la oración y en el amor. Que el Señor, al final de nuestra existencia y de la historia, nos reconozca como siervos buenos y fieles. Gracias.

Catequesis del 11 de diciembre de 2013

Creo en la vida eterna

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy quisiera iniciar la última serie de catequesis sobre nuestra profesión de fe, tratando la afirmación «Creo en la vida eterna». En especial me detengo en el juicio final. No debemos tener miedo: escuchemos lo que nos dice la Palabra de Dios. Al respecto, leemos en el Evangelio de Mateo: Entonces «cuando venga en su gloria el Hijo del hombre, y todos los ángeles con Él... serán reunidas ante Él todas las naciones. Él separará a unos de otros, como un pastor separa las ovejas de las cabras. Y pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda... Y estos irán al castigo eterno y los

justos a la vida eterna» (*Mt 25, 31-33.46*). Cuando pensamos en el regreso de Cristo y en su juicio final, que manifestará, hasta sus últimas consecuencias, el bien que cada uno habrá realizado o habrá omitido realizar durante su vida terrena, percibimos encontrarnos ante un misterio que nos sobrepasa, que no logramos ni siquiera imaginar. Un misterio que casi instintivamente suscita en nosotros un sentido de temor, y tal vez también de ansia. Sin embargo, si reflexionamos bien sobre esta realidad, ella ensancha el corazón de un cristiano y constituye un gran motivo de consolación y de confianza.

Al respecto, el testimonio de las primeras comunidades cristianas resuena más sugestivo que nunca. Las mismas, en efecto, acompañaban las celebraciones y las oraciones con la aclamación *Maranathà*, una expresión formada por dos palabras arameas que, según como se silabeen, se pueden entender como una súplica: «¡Ven, Señor!», o bien como una certeza alimentada por la fe: «Sí, el Señor viene, el Señor está cerca». Es la exclamación en la que culmina toda la Revelación cristiana, al término de la maravillosa contemplación que nos ofrece el Apocalipsis de Juan (cf. *Ap 22, 20*). En ese caso, es la Iglesia-esposa que, en nombre de toda la humanidad y como primicia, se dirige a Cristo, su esposo, no viendo la hora de ser envuelta por su abrazo: el abrazo de Jesús, que es plenitud de vida y plenitud de amor. Así nos abraza Jesús. Si pensamos en el juicio en esta perspectiva, todo miedo y vacilación disminuye y deja espacio a la espera y a una profunda alegría: será precisamente el momento en el que finalmente seremos juzgados dispuestos para ser revestidos de la gloria de Cristo, como con un vestido nupcial, y ser conducidos al banquete, imagen de la plena y definitiva comunión con Dios.

Un segundo motivo de confianza nos lo da la constatación de que, en el momento del juicio, *no estaremos solos*. Jesús mismo, en el Evangelio de Mateo, anuncia cómo, al final de los tiempos, quienes le hayan seguido tendrán sitio en su gloria, para juzgar juntamente con Él (cf. *Mt 19, 28*). El apóstol Pablo, luego, al escribir a la comunidad de Corinto, afirma: «¿Habéis olvidado que los santos juzgarán el universo? (...) Cuánto más, asuntos de la vida cotidiana» (*I Cor 6, 2-3*). Qué hermoso es saber que en esa circunstancia, además de Cristo, nuestro Paráclito, nuestro Abogado ante el Padre (cf. *I Jn 2, 1*), podremos contar con la intercesión y la benevolencia de muchos hermanos y hermanas nuestros más grandes que nos precedieron en el camino de la fe, que ofrecieron su vida por nosotros y siguen amándonos de modo indescriptible. Los santos ya viven en presencia de Dios, en el esplendor de su gloria intercediendo por nosotros que aún vivimos en la tierra. ¡Cuánto consuelo suscita en nuestro corazón esta certeza! La Iglesia es verdaderamente una madre y, como una mamá, busca el bien de sus hijos, sobre todo de los más alejados y afligidos, hasta que no encuentre su plenitud en el cuerpo glorioso de Cristo con todos sus miembros.

Una ulterior sugestión nos llega del Evangelio de Juan, donde se afirma explícitamente que «Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él. El que cree en Él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Unigénito de Dios» (*Jn 3, 17-18*). Entonces, esto significa que el *juicio final ya está en acción*, comienza ahora en el curso de nuestra existencia. Tal juicio se pronuncia en cada instante de la vida, como confirmación de nuestra acogida con fe de la salvación presente y operante en Cristo, o bien de nuestra incredulidad, con la consiguiente cerrazón en nosotros mismos. Pero si nos cerramos al amor de Jesús, somos nosotros mismos quienes nos condenamos. La salvación es abrirse a Jesús, y Él nos salva. Si somos pecadores —y lo somos todos— le pedimos perdón; y si vamos a Él con ganas de ser buenos, el Señor nos perdona. Pero para ello debemos abrirnos al amor de Jesús, que es más fuerte que todas las demás cosas. El amor de Jesús es grande, el amor de Jesús es misericordioso, el amor de Jesús perdona. Pero tú debes abrirte, y abrirse significa arrepentirse, acusarse de las cosas que no son buenas y que hemos hecho. El Señor Jesús se entregó y sigue entregándose a nosotros para colmarnos de toda la misericordia y la gracia del Padre. Por lo tanto, podemos convertirnos, en cierto sentido, en

jueces de nosotros mismos, autocondenándonos a la exclusión de la comunión con Dios y con los hermanos. No nos cansemos, por lo tanto, de vigilar sobre nuestros pensamientos y nuestras actitudes, para pregonar ya desde ahora el calor y el esplendor del rostro de Dios —y esto será bellísimo—, que en la vida eterna contemplaremos en toda su plenitud. Adelante, pensando en este juicio que comienza ahora, ya ha comenzado. Adelante, haciendo que nuestro corazón se abra a Jesús y a su salvación; adelante sin miedo, porque el amor de Jesús es más grande y si nosotros pedimos perdón por nuestros pecados Él nos perdona. Jesús es así. Adelante, entonces, con esta certeza, que nos conducirá a la gloria del cielo.

BENEDICTO XVI – Catequesis (12 de noviembre de 2008) – Ángelus 2009 y 2012

El “éschaton” que nos espera

Queridos hermanos y hermanas:

El tema de la resurrección, sobre el que nos detuvimos la semana pasada, abre una nueva perspectiva, la de la espera de la vuelta del Señor, y por ello nos lleva a reflexionar sobre la relación entre el tiempo presente, tiempo de la Iglesia y del Reino de Cristo, y el futuro (éschaton) que nos espera, cuando Cristo entregará el Reino al Padre (cfr 1 Cor 15,24). Todo discurso cristiano sobre las realidades últimas, llamado escatología, parte siempre del acontecimiento de la resurrección: en este acontecimiento las realidades últimas ya han empezado y, en un cierto sentido, ya están presentes.

Probablemente en el año 52 san Pablo escribió la primera de sus cartas, la primera Carta a los Tesalonicenses, donde habla de esta vuelta de Jesús, llamada parusía, adviento, nueva y definitiva y manifiesta presencia (cfr 4,13-18). A los Tesalonicenses, que tienen sus dudas y problemas, el Apóstol escribe así: “*si creemos que Jesús murió y que resucitó, de la misma manera Dios llevará consigo a quienes murieron en Jesús*” (4,14). Y continúa: “*los que murieron en Cristo resucitarán en primer lugar. Después nosotros, los que vivamos, los que quedemos, seremos arrebatados en nubes, junto con ellos, al encuentro del Señor en los aires*” (4,16-17). Pablo describe la parusía de Cristo con acentos muy vivos y con imágenes simbólicas, pero que transmiten un mensaje sencillo y profundo: al final estaremos siempre con el Señor. Este es, más allá de las imágenes, el mensaje esencial: nuestro futuro es “*estar con el Señor*”; en cuanto creyentes, en nuestra vida nosotros ya estamos con el Señor; nuestro futuro, la vida eterna, ya ha comenzado.

En la segunda Carta a los Tesalonicenses, Pablo cambia la perspectiva; habla de acontecimientos negativos, que deberán preceder al final y conclusivo. No hay que dejarse engañar – dice– como si el día del Señor fuese verdaderamente inminente, según un cálculo cronológico: “*Por lo que respecta a la Venida de nuestro Señor Jesucristo y a nuestra reunión con él, os rogamos, hermanos, que no os dejéis alterar tan fácilmente en vuestros ánimos, ni os alarméis por alguna manifestación del Espíritu, por algunas palabras o por alguna carta presentada como nuestra, que os haga suponer que está inminente el Día del Señor. Que nadie os engañe de ninguna manera*” (2,1-3). La continuación de este texto anuncia que antes de la llegada del Señor estará la apostasía y se revelará el no mejor identificado “*hombre inicuo*”, el “*hijo de la perdición*” (2,3), que la tradición llamará después el Anticristo. Pero la intención de esta Carta de san Pablo es sobre todo práctica; escribe: “*cuando estábamos entre vosotros os mandábamos esto: si alguno no quiere trabajar, que tampoco coma. Porque nos hemos enterado de que hay entre vosotros algunos que viven desordenadamente, sin trabajar nada, pero metiéndose en todo. A esos les mandamos y les exhortamos en el Señor Jesucristo a que trabajen con sosiego para comer su propio pan*” (3, 10-12). En otras palabras, la espera de la parusía de Jesús no dispensa del trabajo en este mundo, sino al

contrario, crea responsabilidades ante el Juez divino sobre nuestro actuar en este mundo. Precisamente así crece nuestra responsabilidad de trabajar en y para este mundo. Veremos lo mismo el próximo domingo en el Evangelio de los talentos, donde el Señor nos dice que ha confiado talentos a todos y el Juez nos pedirá cuentas de ellos diciendo: ¿Habéis traído fruto? Por tanto la espera de su venida implica responsabilidad hacia este mundo.

La misma cosa y el mismo nexo entre parusía –vuelta del Juez-Salvador– y nuestro compromiso en la vida aparece en otro contexto y con aspectos nuevos en la Carta a los Filipenses. Pablo está en la cárcel y espera la sentencia, que puede ser de condena a muerte. En esta situación piensa en su futuro estar con el Señor, pero piensa también en la comunidad de Filipos, que necesita a su padre, Pablo, y escribe: *“para mí la vida es Cristo, y la muerte, una ganancia. Pero si el vivir en la carne significa para mí trabajo fecundo, no sé qué escoger... Me siento apremiado por las dos partes: por una parte, deseo partir y estar con Cristo, lo cual, ciertamente, es con mucho lo mejor; mas por otra parte, quedarme en la carne es más necesario para vosotros. Y, persuadido de esto, sé que me quedaré y permaneceré con todos vosotros para progreso y gozo de vuestra fe, a fin de que tengáis por mi causa un nuevo motivo de orgullo en Cristo Jesús, cuando yo vuelva a estar entre vosotros”* (1, 21-26).

Pablo no tiene miedo a la muerte, al contrario: esta indica de hecho el completo ser con Cristo. Pero Pablo participa también de los sentimientos de Cristo, el cual no ha vivido para sí mismo, sino para nosotros. Vivir para los demás se convierte en el programa de su vida y por ello muestra su perfecta disponibilidad a la voluntad de Dios, a lo que Dios decida. Está disponible sobre todo, también en el futuro, a vivir en la tierra para los demás, a vivir por Cristo, a vivir por su presencia viva y así para la renovación del mundo. Vemos que este ser suyo con Cristo crea a gran libertad interior: libertad ante la amenaza de la muerte, pero libertad también ante todas las tareas y los sufrimientos de la vida. Estaba sencillamente disponible para Dios y realmente libre.

Y pasamos ahora, tras haber examinado los diversos aspectos de la espera de la parusía de Cristo, a preguntarnos: ¿cuáles son las actitudes fundamentales del cristiano hacia las realidades últimas: la muerte, el fin del mundo? La primera actitud es la certeza de que Jesús ha resucitado, está con el Padre, y por eso está con nosotros, para siempre. Y nadie es más fuerte que Cristo, porque Él está con el Padre, está con nosotros. Por eso estamos seguros, liberados del miedo. Este era un efecto esencial de la predicación cristiana. El miedo a los espíritus, a los dioses, estaba difundido en todo el mundo antiguo. Y también hoy los misioneros, junto con tantos elementos buenos de las religiones naturales, encuentran el miedo a los espíritus, a los poderes nefastos que nos amenazan. Cristo vive, ha vencido a la muerte y ha vencido a todos estos poderes. Con esta certeza, con esta libertad, con esta alegría vivimos. Este es el primer aspecto de nuestro vivir hacia el futuro.

En segundo lugar, la certeza de que Cristo está conmigo. Y de que en Cristo el mundo futuro ya ha comenzado, esto da también certeza de la esperanza. El futuro no es una oscuridad en la que nadie se orienta. No es así. Sin Cristo, también hoy para el mundo el futuro está oscuro, hay miedo al futuro, mucho miedo al futuro. El cristiano sabe que la luz de Cristo es más fuerte y por eso vive en una esperanza que no es vaga, en una esperanza que da certeza y valor para afrontar el futuro.

Finalmente, la tercera actitud. El Juez que vuelve –es juez y salvador a la vez– nos ha dejado la tarea de vivir en este mundo según su modo de vivir. Nos ha entregado sus talentos. Por eso nuestra tercera actitud es: responsabilidad hacia el mundo, hacia los hermanos ante Cristo, y al mismo tiempo también certeza de su misericordia. Ambas cosas son importantes. No vivimos como si el bien y el mal fueran iguales, porque Dios solo puede ser misericordioso. Esto sería un engaño. En realidad, vivimos en una gran responsabilidad. Tenemos los talentos, tenemos que trabajar para

que este mundo se abra a Cristo, sea renovado. Pero incluso trabajando y sabiendo en nuestra responsabilidad que Dios es el juez verdadero, estamos seguros también de que este juez es bueno, conocemos su rostro, el rostro de Cristo resucitado, de Cristo crucificado por nosotros. Por eso podemos estar seguros de su bondad y seguir adelante con gran valor.

Un dato ulterior de la enseñanza paulina sobre la escatología es el de la universalidad de la llamada a la fe, que reúne a judíos y gentiles, es decir, a los paganos, como signo y anticipación de la realidad futura, por lo que podemos decir que estamos sentados ya en el cielo con Jesucristo, pero para mostrar a los siglos futuros la riqueza de la gracia (cfr Ef 2,6s): el después se convierte en un antes para hacer evidente el estado de realización incipiente en que vivimos. Esto hace tolerables los sufrimientos del momento presente, que no son comparables a la gloria futura (cfr Rm 8,18). Se camina en la fe y no en la visión, y aunque fuese preferible exiliarse del cuerpo y habitar con el Señor, lo que cuenta en definitiva, morando en el cuerpo o saliendo de él, es ser agradable a Dios (cfr 2 Cor 5,7-9).

Finalmente, un último punto que quizás parece un poco difícil para nosotros. San Pablo en la conclusión de su segunda Carta a los Corintios repite y pone en boca también a los Corintios una oración nacida en las primeras comunidades cristianas del área de Palestina: *Maranà, thà!* que literalmente significa “*Señor nuestro, ¡ven!*” (16,22). Era la oración de la primera comunidad cristiana, y también el último libro del Nuevo Testamento, el Apocalipsis, se cierra con esta oración: “*¡Señor, ven!*”. ¿Podemos rezar también nosotros así? Me parece que para nosotros hoy, en nuestra vida, en nuestro mundo, es difícil rezar sinceramente para que perezca este mundo, para que venga la nueva Jerusalén, para que venga el juicio último y el juez, Cristo. Creo que si no nos atrevemos a rezar sinceramente así por muchos motivos, sin embargo de una forma justa y correcta podemos también decir con los primeros cristianos: “*¡Ven, Señor Jesús!*”. Ciertamente, no queremos que venga ahora el fin del mundo. Pero, por otra parte, queremos que termine este mundo injusto. También nosotros queremos que el mundo sea profundamente cambiado, que comience la civilización del amor, que llegue un mundo de justicia y de paz, sin violencia, sin hambre. Queremos todo esto: ¿y cómo podría suceder sin la presencia de Cristo? Sin la presencia de Cristo nunca llegará realmente un mundo justo y renovado. Y aunque de otra manera, totalmente y en profundidad, podemos y debemos decir también nosotros, con gran urgencia y en las circunstancias de nuestro tiempo: ¡Ven, Señor! Ven a tu mundo, en la forma que tu sabes. Ven donde hay injusticia y violencia. Ven a los campos de refugiados, en Darfur y en Kivu del norte, en tantos lugares del mundo. Ven donde domina la droga. Ven también entre esos ricos que te han olvidado, que viven solo para sí mismos. Ven donde eres desconocido. Ven a tu mundo y renueva el mundo de hoy. Ven también a nuestros corazones, ven y renueva nuestra vida, ven a nuestro corazón para que nosotros mismos podamos ser luz de Dios, presencia suya. En este sentido rezamos con san Pablo: *¿Maranà, thà!* “*¡Ven, Señor Jesús!*”, y rezamos para que Cristo esté realmente presente hoy en nuestro mundo y lo renueve.

Ángelus 2009

Queridos hermanos y hermanas:

Hemos llegado a las últimas dos semanas del año litúrgico. Demos gracias al Señor porque nos ha concedido recorrer, una vez más, este camino de fe —antiguo y siempre nuevo— en la gran familia espiritual de la Iglesia. Es un don inestimable, que nos permite vivir en la historia el misterio de Cristo, acogiendo en los surcos de nuestra existencia personal y comunitaria la semilla de la

Palabra de Dios, semilla de eternidad que transforma desde dentro este mundo y lo abre al reino de los cielos. En el itinerario de las lecturas bíblicas dominicales, este año nos ha acompañado el evangelio de san Marcos, que hoy presenta una parte del discurso de Jesús sobre el final de los tiempos. En este discurso hay una frase que impresiona por su claridad sintética: “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (*Mc* 13, 31). Detengámonos un momento a reflexionar sobre esta profecía de Cristo.

La expresión “el cielo y la tierra” aparece con frecuencia en la Biblia para indicar todo el universo, todo el cosmos. Jesús declara que todo esto está destinado a “pasar”. No sólo la tierra, sino también el cielo, que aquí se entiende en sentido cósmico, no como sinónimo de Dios. La Sagrada Escritura no conoce ambigüedad: toda la creación está marcada por la finitud, incluidos los elementos divinizados por las antiguas mitologías: en ningún caso se confunde la creación y el Creador, sino que existe una diferencia precisa. Con esta clara distinción, Jesús afirma que sus palabras “no pasarán”, es decir, están de la parte de Dios y, por consiguiente, son eternas. Aunque fueron pronunciadas en su existencia terrena concreta, son palabras proféticas por antonomasia, como afirma en otro lugar Jesús dirigiéndose al Padre celestial: “Las palabras que tú me diste se las he dado a ellos, y ellos las han aceptado y han reconocido verdaderamente que vengo de ti, y han creído que tú me has enviado” (*Jn* 17, 8).

En una célebre parábola, Cristo se compara con el sembrador y explica que la semilla es la Palabra (cf. *Mc* 4, 14): quienes oyen la Palabra, la acogen y dan fruto (cf. *Mc* 4, 20), forman parte del reino de Dios, es decir, viven bajo su señorío; están *en* el mundo, pero ya no son *del* mundo; llevan dentro una semilla de eternidad, un principio de transformación que se manifiesta ya ahora en una vida buena, animada por la caridad, y al final producirá la resurrección de la carne. Este es el poder de la Palabra de Cristo.

Queridos amigos, la Virgen María es el signo vivo de esta verdad. Su corazón fue “tierra buena” que acogió con plena disponibilidad la Palabra de Dios, de modo que toda su existencia, transformada según la imagen del Hijo, fue introducida en la eternidad, cuerpo y alma, anticipando la vocación eterna de todo ser humano. Ahora, en la oración, hagamos nuestra su respuesta al ángel: “Hágase en mí según tu palabra” (*Lc* 1, 38), para que, siguiendo a Cristo por el camino de la cruz, también nosotros alcancemos la gloria de la resurrección.

Ángelus 2012

Queridos hermanos y hermanas:

En este penúltimo domingo del año litúrgico, se proclama, en la redacción de San Marcos, una parte del discurso de Jesús sobre los últimos tiempos (cf. *Mc* 13, 24-32). Este discurso se encuentra, con algunas variaciones, también en Mateo y Lucas, y es probablemente el texto más difícil del Evangelio. Tal dificultad deriva tanto del contenido como del lenguaje: se habla de un porvenir que supera nuestras categorías, y por esto Jesús utiliza imágenes y palabras tomadas del Antiguo Testamento, pero sobre todo introduce un nuevo centro, que es Él mismo, el misterio de su persona y de su muerte y resurrección. También el pasaje de hoy se abre con algunas imágenes cósmicas de género apocalíptico: «El sol se oscurecerá, la luna no dará su resplandor, las estrellas caerán del cielo, los astros se tambalearán» (v. 24-25); pero este elemento se relativiza por cuanto le sigue: «Entonces verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes con gran poder y gloria» (v. 26). El «Hijo del hombre» es Jesús mismo, que une el presente y el futuro; las antiguas palabras de los

profetas por fin han hallado un centro en la persona del Mesías nazareno: es Él el verdadero acontecimiento que, en medio de los trastornos del mundo, permanece como el punto firme y estable.

Ello se confirma con otra expresión del Evangelio del día. Jesús afirma: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (v. 31). En efecto, sabemos que en la Biblia la Palabra de Dios está en el origen de la creación: todas las criaturas, empezando por los elementos cósmicos —sol, luna, firmamento—, obedecen a la Palabra de Dios, existen en cuanto que son «llamados» por ella. Esta potencia creadora de la Palabra divina se ha concentrado en Jesucristo, Verbo hecho carne, y pasa también a través de sus palabras humanas, que son el verdadero «firmamento» que orienta el pensamiento y el camino del hombre en la tierra. Por esto Jesús no describe el fin del mundo, y cuando utiliza imágenes apocalípticas, no se comporta como un «vidente». Al contrario, Él quiere apartar a sus discípulos —de toda época— de la curiosidad por las fechas, las previsiones, y desea en cambio darles una clave de lectura profunda, esencial, y sobre todo indicar el sendero justo sobre el cual caminar, hoy y mañana, para entrar en la vida eterna. Todo pasa —nos recuerda el Señor—, pero la Palabra de Dios no muta, y ante ella cada uno de nosotros es responsable del propio comportamiento. De acuerdo con esto seremos juzgados.

Queridos amigos: tampoco en nuestros tiempos faltan calamidades naturales, y lamentablemente ni siquiera guerras y violencias. Hoy necesitamos también un fundamento estable para nuestra vida y nuestra esperanza, tanto más a causa del relativismo en el que estamos inmersos. Que la Virgen María nos ayude a acoger este centro en la Persona de Cristo y en su Palabra.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

V EL JUICIO FINAL

1038 La resurrección de todos los muertos, “de los justos y de los pecadores” (Hch 24, 15), precederá al Juicio final. Esta será “la hora en que todos los que estén en los sepulcros oirán su voz y los que hayan hecho el bien resucitarán para la vida, y los que hayan hecho el mal, para la condenación” (Jn 5, 28-29). Entonces, Cristo vendrá “en su gloria acompañado de todos sus ángeles,... Serán congregadas delante de él todas las naciones, y él separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de las cabras. Pondrá las ovejas a su derecha, y las cabras a su izquierda... E irán estos a un castigo eterno, y los justos a una vida eterna.” (Mt 25, 31. 32. 46).

1039 Frente a Cristo, que es la Verdad, será puesta al desnudo definitivamente la verdad de la relación de cada hombre con Dios (cf. Jn 12, 49). El Juicio final revelará hasta sus últimas consecuencias lo que cada uno haya hecho de bien o haya dejado de hacer durante su vida terrena:

Todo el mal que hacen los malos se registra - y ellos no lo saben. El día en que “Dios no se callará” (Sal 50, 3) ... Se volverá hacia los malos: “Yo había colocado sobre la tierra, dirá El, a mis pobrecitos para vosotros. Yo, su cabeza, gobernaba en el cielo a la derecha de mi Padre -pero en la tierra mis miembros tenían hambre. Si hubierais dado a mis miembros algo, eso habría subido hasta la cabeza. Cuando coloqué a mis pequeñuelos en la tierra, los constituí comisionados vuestros para llevar vuestras buenas obras a mi tesoro: como no habéis depositado nada en sus manos, no poseéis nada en Mí” (San Agustín, serm. 18, 4, 4).

1040 El Juicio final sucederá cuando vuelva Cristo glorioso. Sólo el Padre conoce el día y la hora en que tendrá lugar; sólo El decidirá su advenimiento. Entonces, El pronunciará por medio de su Hijo

Jesucristo, su palabra definitiva sobre toda la historia. Nosotros conoceremos el sentido último de toda la obra de la creación y de toda la economía de la salvación, y comprenderemos los caminos admirables por los que Su Providencia habrá conducido todas las cosas a su fin último. El juicio final revelará que la justicia de Dios triunfa de todas las injusticias cometidas por sus criaturas y que su amor es más fuerte que la muerte (cf. Ct 8, 6).

1041 El mensaje del Juicio final llama a la conversión mientras Dios da a los hombres todavía “el tiempo favorable, el tiempo de salvación” (2 Co 6, 2). Inspira el santo temor de Dios. Compromete para la justicia del Reino de Dios. Anuncia la “bienaventurada esperanza” (Tt 2, 13) de la vuelta del Señor que “vendrá para ser glorificado en sus santos y admirado en todos los que hayan creído” (2 Ts 1, 10).

VI LA ESPERANZA DE LOS CIELOS NUEVOS Y DE LA TIERRA NUEVA

1042 Al fin de los tiempos el Reino de Dios llegará a su plenitud. Después del juicio final, los justos reinarán para siempre con Cristo, glorificados en cuerpo y alma, y el mismo universo será renovado:

La Iglesia... sólo llegará a su perfección en la gloria del cielo...cuando llegue el tiempo de la restauración universal y cuando, con la humanidad, también el universo entero, que está íntimamente unido al hombre y que alcanza su meta a través del hombre, quede perfectamente renovado en Cristo (LG 48)

1043 La Sagrada Escritura llama “cielos nuevos y tierra nueva” a esta renovación misteriosa que transformará la humanidad y el mundo (2 P 3, 13; cf. Ap 21, 1). Esta será la realización definitiva del designio de Dios de “hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra” (Ef 1, 10).

1044 En este “universo nuevo” (Ap 21, 5), la Jerusalén celestial, Dios tendrá su morada entre los hombres. “Y enjugará toda lágrima de su ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado” (Ap 21, 4; cf. 21, 27).

1045 Para el hombre esta consumación será la realización final de la unidad del género humano, querida por Dios desde la creación y de la que la Iglesia peregrina era “como el sacramento” (LG 1). Los que estén unidos a Cristo formarán la comunidad de los rescatados, la Ciudad Santa de Dios (Ap 21, 2), “la Esposa del Cordero” (Ap 21, 9). Ya no será herida por el pecado, las manchas (cf. Ap 21, 27), el amor propio, que destruyen o hieren la comunidad terrena de los hombres. La visión beatífica, en la que Dios se manifestará de modo inagotable a los elegidos, será la fuente inmensa de felicidad, de paz y de comunión mutua.

1046 En cuanto al cosmos, la Revelación afirma la profunda comunidad de destino del mundo material y del hombre:

Pues la ansiosa espera de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios... en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción... Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no sólo ella; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo (Rm 8, 19-23).

1047 Así pues, el universo visible también está destinado a ser transformado, “a fin de que el mundo mismo restaurado a su primitivo estado, ya sin ningún obstáculo esté al servicio de los justos”, participando en su glorificación en Jesucristo resucitado (San Ireneo, haer. 5, 32, 1).

1048 “Ignoramos el momento de la consumación de la tierra y de la humanidad, y no sabemos cómo se transformará el universo. Ciertamente, la figura de este mundo, deformada por el pecado, pasa, pero se nos enseña que Dios ha preparado una nueva morada y una nueva tierra en la que habita la justicia y cuya bienaventuranza llenará y superará todos los deseos de paz que se levantan en los corazones de los hombres” (GS 39, 1).

1049 “No obstante, la espera de una tierra nueva no debe debilitar, sino más bien avivar la preocupación de cultivar esta tierra, donde crece aquel cuerpo de la nueva familia humana, que puede ofrecer ya un cierto esbozo del siglo nuevo. Por ello, aunque hay que distinguir cuidadosamente el progreso terreno del crecimiento del Reino de Cristo, sin embargo, el primero, en la medida en que puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa mucho al Reino de Dios” (GS 39, 2).

1050 “Todos estos frutos buenos de nuestra naturaleza y de nuestra diligencia, tras haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y según su mandato, los encontramos después de nuevo, limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados cuando Cristo entregue al Padre el reino eterno y universal” (GS 39, 3; cf. LG 2). Dios será entonces “todo en todos” (1 Co 15, 22), en la vida eterna:

La vida subsistente y verdadera es el Padre que, por el Hijo y en el Espíritu Santo, derrama sobre todos sin excepción los dones celestiales. Gracias a su misericordia, nosotros también, hombres, hemos recibido la promesa indefectible de la vida eterna (San Cirilo de Jerusalén, catech. ill. 18, 29).

La muerte de Cristo es el sacrificio único y definitivo

613 La muerte de Cristo es a la vez el sacrificio pascual que lleva a cabo la redención definitiva de los hombres (cf. 1 Co 5, 7; Jn 8, 34-36) por medio del “cordero que quita el pecado del mundo” (Jn 1, 29; cf. 1 P 1, 19) y el sacrificio de la Nueva Alianza (cf. 1 Co 11, 25) que devuelve al hombre a la comunión con Dios (cf. Ex 24, 8) reconciliándole con El por “la sangre derramada por muchos para remisión de los pecados” (Mt 26, 28; cf. Lv 16, 15-16).

614 Este sacrificio de Cristo es único, da plenitud y sobrepasa a todos los sacrificios (cf. Hb 10, 10). Ante todo es un don del mismo Dios Padre: es el Padre quien entrega al Hijo para reconciliarnos con él (cf. Jn 4, 10). Al mismo tiempo es ofrenda del Hijo de Dios hecho hombre que, libremente y por amor (cf. Jn 15, 13), ofrece su vida (cf. Jn 10, 17-18) a su Padre por medio del Espíritu Santo (cf. Hb 9, 14), para reparar nuestra desobediencia.

La Eucaristía

1365 Por ser memorial de la Pascua de Cristo, la Eucaristía es también un sacrificio. El carácter sacrificial de la Eucaristía se manifiesta en las palabras mismas de la institución: “Esto es mi Cuerpo que será entregado por vosotros” y “Esta copa es la nueva Alianza en mi sangre, que será derramada por vosotros” (Lc 22, 19-20). En la Eucaristía, Cristo da el mismo cuerpo que por nosotros entregó en la cruz, y la sangre misma que “derramó por muchos para remisión de los pecados” (Mt 26, 28).

1366 La Eucaristía es, pues, un sacrificio porque representa (= hace presente) el sacrificio de la cruz, porque es su memorial y aplica su fruto:

(Cristo), nuestro Dios y Señor, se ofreció a Dios Padre una vez por todas, muriendo como intercesor sobre el altar de la cruz, a fin de realizar para ellos (los hombres) una redención eterna. Sin embargo, como su muerte no debía poner fin a su sacerdocio (Hb 7, 24-27), en la última Cena, “la noche en que fue entregado” (1 Co 11, 23), quiso dejar a la Iglesia, su esposa amada, un

sacrificio visible (como lo reclama la naturaleza humana), donde sería representado el sacrificio sangriento que iba a realizarse una única vez en la cruz cuya memoria se perpetuaría hasta el fin de los siglos (1 Co 11,23) y cuya virtud saludable se aplicaría a la redención de los pecados que cometemos cada día (Cc. de Trento: DS 1740).

1367 El sacrificio de Cristo y el sacrificio de la Eucaristía son, pues, un único sacrificio: “Es una y la misma víctima, que se ofrece ahora por el ministerio de los sacerdotes, que se ofreció a sí misma entonces sobre la cruz. Sólo difiere la manera de ofrecer”: (Concilio de Trento, Sess. 22a., Doctrina de ss. Missae sacrificio, c. 2: DS 1743) “Y puesto que en este divino sacrificio que se realiza en la Misa, se contiene e inmola incruentamente el mismo Cristo que en el altar de la cruz “se ofreció a sí mismo una vez de modo cruento”; ...este sacrificio [es] verdaderamente propiciatorio” (Ibid).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

En aquellos días...

El Evangelio de hoy, penúltimo Domingo del año litúrgico, es el texto clásico sobre el fin del mundo. Escuchemos alguna ocurrencia:

«En aquellos días, después de esa gran angustia, el sol se hará tinieblas, la luna no dará su resplandor, las estrellas caerán del cielo, los astros se tambalearán. Entonces, verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes con gran poder y majestad».

En cada época, ha habido alguien que se ha encargado de airear amenazadoramente a sus contemporáneos esta página del Evangelio, alimentando psicosis y angustia. El fenómeno se incrementa puntualmente en ciertas épocas, como la que apenas acabamos de vivir con el paso de un milenio a otro. Mi consejo es estar tranquilos y no dejarse turbar lo más mínimo por estas previsiones catastróficas. Basta leer la frase final del mismo fragmento evangélico:

«El día y la hora nadie lo sabe, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, sólo el Padre».

Si ni siquiera los ángeles ni el Hijo (se entiende, en cuanto hombre, no en cuanto Dios) conocen el día y la hora del momento final, ¿es posible que lo conozca y sea autorizado a anunciarlo el último adepto de cualquier secta o algún fanático religioso? En el Evangelio, Jesús nos asegura sobre el hecho que él volverá un día y reunirá desde los cuatro vientos a sus elegidos; el cuándo y el cómo sucederá (sobre las nubes del cielo, tras oscurecerse el sol y el caer de los astros) forma parte del lenguaje figurado, propio del género literario de estos discursos.

Otra observación puede ayudarnos a explicar ciertas páginas del Evangelio. Cuando nosotros hablamos del fin del mundo, pensamos de inmediato en el fin del mundo en absoluto; después del cual, no puede haber más que la eternidad (o la nada, según la creencia de alguno). Pero, la Biblia razona con categorías relativas e históricas más que absolutas y metafísicas. Cuando, por ello, habla del fin del mundo, entiende muy frecuentemente el mundo concreto, el existente de hecho y conocido por un cierto grupo de hombres: su mundo. Se trata, en suma, más del fin de un mundo que del fin del mundo, a pesar de que ambas perspectivas, a veces, se entrelazan. Jesús dice: «No pasará esta generación hasta que todo esto suceda» (Mateo 24, 34). ¿Se ha equivocado? No; no pasó, en efecto, la generación que el mundo de sus oyentes, el mundo judío, pasó trágicamente con la destrucción de Jerusalén, en el año 70, después de Cristo. Cuando en el 410 tuvo lugar el saqueo de Roma por obra de los Vándalos, muchos grandes espíritus del tiempo pensaron que fuese el fin del mundo. No se equivocaban de mucho: terminaba un mundo, el creado por Roma con su imperio.

Esto no disminuye sino que acrecienta la seriedad de la permanencia cristiana. Sería la mayor necesidad consolarse diciendo que, mientras tanto, nadie conoce cuándo tendrá lugar el fin del mundo, olvidando que éste puede ser, para mí, esta misma noche. Por esto, Jesús concluye el Evangelio de hoy con la recomendación:

«Estad atentos y vigilad, porque ignoráis cuándo será el momento».

Debemos cambiar completamente el estado de ánimo con que escuchamos estos Evangelios, que nos hablan del fin del mundo y de la vuelta de Cristo. Se ha terminado insólitamente por llegar a considerar como un castigo y una amenaza lo que la Escritura llama «dichosa esperanza» de los cristianos, esto es, la venida del Señor nuestro Jesucristo (Tito 2,13). Va por medio la idea misma que nosotros tenemos de Dios. Los discursos repetidos sobre el fin del mundo, por el modo como vienen hechos frecuentemente por personas con un sentimiento religioso deformado, tienen un efecto devastador sobre muchos: fortalecer la idea de un Dios perpetuamente enfadado y dispuesto a dar desahogo a su ira sobre el mundo. Pero, éste no es el Dios de la Biblia, que un salmo describe como «compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia; no está siempre acusando ni guarda rencor perpetuo... porque él conoce nuestra masa, se acuerda de que somos barro» (Salmo 103,8-14).

Dios es, asimismo, justo y santo; es cierto; pero, si la idea que tenemos de su justicia y santidad es tal que, más que empujarnos a cambiar de vida y acercarnos a él, nos tiene a distancia y nos llena de temor, es falsa y hay que rechazarla. Dios es el más indulgente de los padres; presentarlo como un amo inflexible y exigente es el error más grande que podemos hacer. Un monje benedictino inglés, Jan Petit, antes de morir, escribió un libro con este título: Dios no está enfadado. En él narra cómo él mismo, después de haber sufrido durante mucho tiempo ante la idea de un Dios severo, exigente y vagamente amenazador, que llevaba encima desde la infancia, al final había llegado a aquel descubrimiento liberador, que había escogido como título de su libro: «¡Dios no está enfadado!» Es el mismo mensaje tranquilizador de la antífona de entrada de la Misa de hoy:

«Dice el Señor: Tengo designios de paz y no de aflicción, me invocaréis y yo os escucharé» (Jeremías 29,11-12).

El anuncio del retorno de Cristo no tiene por finalidad suscitar angustia y miedo en quien se esfuerza por vivir rectamente, sino, al contrario, confianza y esperanza. Los primeros cristianos, que lo habían entendido bien, repetían frecuentemente en sus asambleas, *Maranatha!*, que quiere decir: ¡Ven, Señor Jesús! ¿Y no es una bonita noticia saber que no estamos yendo hacia un frío nada cósmico, como a un abismo infinito, que todo lo traga, sino al encuentro con quien nos ama y nos ha rescatado con su sangre? Esto explica cómo tantas personas, frente a la perspectiva del fin, han podido hacer propias las palabras del salmo: «¡Qué alegría cuando me dijeron: vamos a la casa del Señor!» (Salmo 122, 1).

Debemos, sin embargo, recoger, asimismo, otra certeza del Evangelio de hoy. Jesús concluye su discurso con la solemne afirmación: «El cielo y la tierra pasarán, mis palabras no pasarán».

Esta afirmación hoy está fuertemente puesta en duda por algunos. En una colección de fragmentos en pro y en contra de la existencia de Dios (mucho más en contra que en pro) un conocido hombre de cultura y periodista ha escrito: «La religión morirá. No es un deseo, ni mucho menos una profecía. Es ya un hecho, que está teniendo su cumplimiento. No nos dejemos engañar por las masas oceánicas, que se reúnen en torno al Papa... Todo esto no es una “revancha de Dios”, sino sólo el último rayo de su puesta de sol. Pasada nuestra generación y, quizás, la de nuestros hijos, ya nadie más considerará la necesidad de dar un sentido a la vida, un verdadero problema fundamental... La técnica ha llevado a la religión a su crepúsculo».

He hablado al comienzo de los que se sienten ungidos para la misión de anunciar periódicamente el inminente fin del mundo. Como se ve, no están solos los profetas del fin. Si algunos, en nombre de la religión, se sienten llamados a anunciar el inminente fin del mundo, otros, en nombre del mundo, se sienten llamados a anunciar el fin inminente de la religión. Las dos clases de personajes tienen en común diferentes cosas. Ambas están dispuestas a jurar que la indicada por ellos es la vez buena; ambas están dispuestas a poner al día la fecha del fin, una vez que se ha revelado el error; ninguna de las dos se deja impresionar en lo más mínimo de los desmentidos del pasado.

Se olvida, por ejemplo, un hecho: lo que hoy se dice de la ciencia y de la técnica, esto es, que vendrá inexorablemente el fin de la religión, hace ya un siglo y medio que se decía sobre el Progreso; Marx lo decía sobre la lucha de clases; y así otras cosas; pero, cada vez los hechos han demostrado cuán infundadas fueron estas previsiones. Como si la ciencia y la técnica hubieran comenzado hoy y la aceleración, que tuvo lugar en este campo, durante el tiempo de la revolución industrial o en el tiempo de Einstein, hubiese sido menos brusca que la de hoy. Es extraño, por lo demás, que algunos filósofos en nombre de la ciencia y de la técnica anuncien el fin de la religión cuando los científicos, por su parte, se muestran en su mayoría bastante abiertos y deseosos de un diálogo con la religión, sintiéndose incapaces de explicar por sí solos el misterio del universo. Esto me confirma en una convicción: no es la ciencia en sí, cuanto las teorías construidas sobre la ciencia, las que separan de la fe; como no es el sufrimiento vivido en primera persona, en general, el que lleva al rechazo de Dios, cuanto las conclusiones que sacan otros, sobre la mesa, en tratados, dramas y novelas acerca del «sufrimiento del mundo».

Si se cree asistir al crepúsculo de la religión es porque se buscan los signos en un lugar equivocado, en un mundo extraviado: en los libros más bien que en la vida; en los maestros (cuántos son los que siguen sus dictámenes morales y sus ritos) más que en la cualidad (a qué niveles de humanidad y de heroísmo la fe es aún capaz de encumbrar como los santos a quien la abraza hasta el fin). Es verdad que la «masa» ya no parece conservar la fe más que con un tenue resplandor, incapaz de influir sobre las elecciones de vida; pero, posiblemente, es necesario además ser más cautos en este juicio. Dios es más comprensivo que muchos sociólogos humanos y sabe valorar igualmente este tenue resplandor. Está escrito de él que «la caña cascada no la quebrará, ni apagará la mecha humeante» (Maleo 12,20).

Lo más sabio que el mundo y la religión pueden hacer no es anunciarle a nadie el inminente fin del otro, sino adaptarse a convivir juntos y darse, si es posible, una mano para hacer menos pesado el misterio de la vida y de la muerte acá abajo.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

Rectitud de intención

Es un tema, podríamos decir, clásico en el Evangelio, el del fin del mundo que nos ofrece en este domingo la Liturgia de la Iglesia por san Marcos. Jesús habla de él en varios momentos. Recordemos, por ejemplo, la parábola del trigo y la cizaña, que termina con la recolección de la mies, que expresa el final de los tiempos; la parábola de la red barreada, que va recogiendo todo género de peces y luego son separados los buenos de los malos, lo mismo que al fin del mundo los ángeles separarán a los hombres... También se narra san Mateo este momento final de los tiempos, y la venida de Jesús con sus ángeles como Juez de todos los hombres. Precisamente este evangelista termina su relato con unas palabras de Jesús a sus Apóstoles, animándoles a tener confianza siempre,

porque nunca se sentirán solos: **sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo**, les dice.

Posiblemente se nos antoja demasiado lejano ese momento previsto por el Señor con grandes cataclismos en el sol, la luna y las estrellas. Tal vez su pensamiento nos sobrecoja, aunque no nos inquiete seguramente la posibilidad de vivirlo. Sin embargo, es indudable que para unos antes y para otros después, para todos habrá un día final de este mundo. Hoy pedimos a Dios que sea también para todos el momento de la plena felicidad lograda para siempre; cuando se cumplan por Él todos nuestros anhelos y la voluntad de Nuestro Padre, que quiere a sus hijos junto a Sí por toda la eternidad.

Elevemos ahora el corazón a Nuestro Señor, que **está sentado a la derecha del Padre y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos**, pidiéndole que le esperemos como hijos ilusionados que aguardan la venida de su padre. ¿Acaso no hemos esperado así muchas veces? Sólo si nos habíamos portado mal temíamos su llegada por miedo al castigo. Pero ahora no queremos esperar con miedo. Deseamos ser buenos hijos que alegran a su Padre en cada llegada y le esperan con ilusión.

Como decía san Josemaría, *un hijo de Dios no tiene ni miedo a la vida, ni miedo a la muerte, porque el fundamento de su vida espiritual es el sentido de la filiación divina: Dios es mi Padre, piensa, y es el Autor de todo bien, es toda la Bondad.*

—*Pero, ¿tú y yo actuamos, de verdad, como hijos de Dios?*

Si reconocemos ahora tal vez muchos detalles de nuestra vida que son impropios de los hijos de tan Buen Padre, aún estamos a tiempo de rectificar. Es tan Bueno, que conociendo nuestra pequeñez y nuestra flaqueza –nuestros egoísmos– nos perdona y nos brinda todavía más tiempo para amarle con su Gracia. Que queramos ver nuestra vida como una permanente espera ilusionada a Dios. Así describe el Señor la existencia cristiana, cuando la compara a aquellas vírgenes que esperan al Esposo, o a los siervos que aguardan el regreso de su Señor. Tengamos, como ellos, el prejuicio psicológico de vivir en una permanente y esperanzada espera.

Estamos en el mes que la Iglesia dedica a la oración por los fieles difuntos. Los que nos han precedido, algunos de ellos conocidos, amigos o familiares fallecidos, no hace mucho esperaban como nosotros el momento de su encuentro con Dios. Si han sido fieles, hoy, con la Gracia de Dios, viven gozando en su presencia o aguardan quizás todavía en el Purgatorio, hasta purificarse completamente de sus pecados. Renovemos el propósito de acudir a la intercesión de los santos, que viven ya en intimidad con Dios, y de ofrecer sufragios por las almas del Purgatorio. Nuestra generosidad de ahora en favor de estas almas es un buen modo, muy grato a Dios, de esperarle, mientras buscamos agradecerle en las cosas de cada día.

No nos suceda como a aquel personaje del que habla Jesús, que parecía alegrarse desmedidamente por haber tenido mucho éxito en sus negocios: **Insensato** –le dirá Dios–, **esta noche te pedirán el alma, y todo lo que has acumulado, ¿para quién será?** Y Jesús concluye: **Así será el que atesora para sí y no es rico para Dios.** No queramos dejarnos absorber por ideales exclusivamente terrenos. Preguntémonos, en cambio, con frecuencia si, de hecho, Dios es lo más importante en nuestra vida; si deseamos sinceramente el tesoro de Dios para los que amamos en este mundo.

Recordemos, en este sentido, el reproche de Jesús a Marta, la hermana de Lázaro, que estaba tan afanada en las cosas de la casa –buenas sin duda–, que se olvidaba del Señor: **Marta, Marta** –le dijo Jesús–, **tú te preocupas y te inquietas por muchas cosas. En verdad una sola cosa es**

necesaria. María, su hermana, en cambio, dejando entonces otros asuntos, escuchaba atentamente al Señor.

Que en nuestras cosas: en el trabajo, en la familia, en los amigos..., veamos también siempre al Señor, para que lo nuestro no sea sólo algo nuestro –poco valdría entonces–, sino ante todo algo para Dios.

Así era la vida de Nuestra Madre, **la esclava del Señor**. A Ella le pedimos que todas nuestras acciones lleguen a ser también una ilusionada espera de nuestro Dios.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

“En aquel tiempo...”

Dos de las lecturas de hoy –la primera y la tercera– comienzan con una fórmula idéntica: “En aquel tiempo”, “en aquel tiempo”. Pero, contrariamente a lo que sucede en forma habitual, esta vez no se alude a un tiempo que está detrás de nosotros –el tiempo en que Jesús decía o hacía algo–, sino a un tiempo que está delante de nosotros. Entre nosotros y aquel tiempo hay incluso algo muy serio: un tiempo de tribulación (primera lectura), una tribulación (Evangelio).

Cada año, más bien muchas veces al año, nos encontramos ante esta página oscura y amenazadora del Evangelio: *El sol se oscurecerá, la luna dejará de brillar...* Si nos detuviéramos aquí, la explicación sería bastante fácil: Jesús –se diría– habla aquí de los “Novísimos”, es decir, del fin del mundo y de la historia, de su regreso final como juez de los vivos y de los muertos (de aquellos que en aquel momento todavía están con vida y de aquellos que duermen en el polvo), (primera lectura). Algo lejano, entonces; un tiempo que nadie conoce y que, por eso, no vale la pena investigar.

Pero, siguiendo en el mismo pasaje evangélico, leemos frases como ésta, que acercan bruscamente el campo visual: ...el fin está cerca, a la puerta... no pasará esta generación, sin que suceda todo esto, y en otro punto: *Y se verá al Hijo del hombre venir...* (cfr. Mc. 13, 26 ssq.).

Todos sabemos qué cosa produce el cortocircuito entre estas dos perspectivas; produce la espera inminente del fin del mundo que periódicamente ha sacudido a la humanidad sin provocar nada bueno, sino sólo histerismo y angustia. Existen grupos religiosos que de esta espera, periódicamente puesta al día, hacen el centro de su propio mensaje. Es una forma poderosa de captar la fantasía de gente inclinada al fanatismo (adventistas, testigos de Jehová). Algunos de éstos circulan también entre nosotros, de casa en casa, infundiendo temor con el anuncio del inminente fin del mundo.

Digamos algo con mucha honestidad: nadie, ni siquiera la Iglesia, supo explicar hasta ahora, exactamente, el sentido de estos discursos llamados “escatológicos” del Evangelio. ¿Acaso Jesús habría hablado para no hacerse entender? ¡No! Lo que ocurre es que Jesús hablaba con un lenguaje figurado (lenguaje apocalíptico), del cual hemos perdido, en gran parte, la clave, pero del cual se sabe que no siempre tiene en cuenta el esquema bien claro de pasado, presente, futuro, con el que razonamos nosotros. La importancia está totalmente vinculada con el hecho de que una cosa sucederá, no con el tiempo en que sucederá.

Segunda razón: aquellas palabras de Jesús fueron recogidas por los apóstoles y fijadas en la forma actual, en un momento de gran perturbación política, religiosa y social: el momento en que, con la destrucción de Jerusalén por parte de los romanos, se asistía, de hecho, al fin del mundo judío

y resultaba fácil confundir el fin de “un” mundo con el fin “del” mundo. ¿Cuántos, en los momentos más oscuros de la última guerra, cuando todo se derrumbaba bajo las bombas, no pensaron que había llegado el fin? Todo esto nos hace comprender cómo, incluso en el tiempo de los apóstoles, las palabras de Jesús podrían ser fácilmente interpretadas de nuevo y aplicadas ya a un lejano y definitivo fin, ya a hechos más cercanos. Quizás un día, con paciencia y estudio, los exégetas llegarán a echar más luz sobre estas partes del Evangelio, como ha sucedido con otras.

Sin embargo, nosotros no debemos suspender juicio y decisiones hasta aquel día. Hemos dicho que, en el lenguaje empleado por Jesús, lo más importante es saber que un hecho sucederá, no saber cuándo sucederá. Y entonces tratemos de descubrir cuál es este hecho cierto que nos concierne y sobre el cual sí debemos construir toda nuestra vida.

Lo podemos formular así: el Señor ha venido una primera vez y vendrá una segunda vez en el futuro. Lo dice toda la predicación de Jesús y de la primitiva Iglesia. El Reino de Dios está próximo; aún más, ya está presente entre nosotros en la persona de Jesús y luego en la Iglesia. Ya no es necesario el telescopio para vislumbrar desde lejos el Reino de Dios; lo puedes distinguir a simple vista (C.H. Dodd). No sólo lo puedes ver, sino que puedes entrar en él, y de hecho los pobres, los niños, los hambrientos, entran allí en tropel, ya lo poseen. Es como decir: el fin ya ha comenzado; el futuro ya está aquí gracias a la resurrección de Cristo de la muerte. Todo esto está a disposición ya de esta generación.

Sin embargo, en otro sentido, el Reino todavía debe venir; debe venir en su forma y condición definitiva, la que se inaugurará con el gran juicio y señalará el fin de esta tierra y de estos cielos y el principio de una nueva tierra y de nuevos cielos en los cuales reinará firmemente la justicia (cfr. Pedro 2, 13). Aquí se trata ahora de “aquel día” y de “aquella hora” que nadie conoce.

He aquí la gran cosa segura que debe tenerse en cuenta: Jesús, al venir la primera vez, ya inauguró el Reino; nosotros podemos entrar en él desde ahora y volvernos ya “hijos del Reino” con una vida de acuerdo con el Evangelio.

En esta situación, la segunda venida no nos debe dar miedo; ella es una promesa, no una amenaza. Es la promesa de la que se nutre toda la experiencia cristiana. Eso explica aquel hecho singular que se nota en la Iglesia primitiva: los cristianos de entonces, después de haber escuchado estos discursos que también nosotros hemos escuchado hoy, se ponían tranquilamente a rezar y a invocar, diciendo: *Maranatha*: Ven, Señor Jesús (cfr. 1 Cor. 16, 22; Apoc. 22, 10; Didache 10, 6). San Agustín, más cercano a nosotros, comenta: “Quien no se preocupa espera tranquilo la llegada de su Señor. ¿Qué clase de amor por Cristo sería el nuestro si temiéramos que él venga?” (Enarr. in PS. 95, 14).

Hoy me he detenido más que de costumbre en la explicación de las Escrituras; era necesario hacerla, pero ahora debemos pasar a las Escrituras de la vida. El punto de partida nos lo ofrece esta hermosa imagen que ustedes tienen ante sus ojos en las hojas de la Misa de hoy, pero que es dado ver a menudo también en la naturaleza: los cables eléctricos, sostenidos por un palo, suspendidos en el aire; sobre ellos, pájaros hasta el alcance de la vista, que se afianzan con sus patitas sobre aquel fragilísimo punto de apoyo. Detrás de ellos, el vacío; delante, el vacío; de allí no pueden alejarse si no es levantando el vuelo. No querría echar a perder esta imagen dándole un sentido demasiado preciso. Que cada uno reflexione y verá por sí mismo cuán precisa es la imagen en el contexto de la liturgia de la palabra de hoy. Nosotros estamos en la misma situación de aquellos pájaros, aun cuando mucho menos seguros y tranquilos que ellos. Pájaros migratorios que se preparan para el

gran vuelo. Nos afianzamos sobre un pequeño punto de apoyo, uno junto al otro, pero en el fondo solos como esos pájaros, frente al espacio vacío que se abre ante nosotros.

Cada tanto, uno se desprende y desaparece de la vista (caen al ritmo de más de uno por segundo). Decimos: ha muerto, ha desaparecido. ¿Pero adónde va? La palabra de Dios de hoy ha tratado de decirnos precisamente esto: dónde vamos, el día que las piernas ya no nos sostengan más y seamos alcanzados por el gran vértigo de la muerte. Pero nos ha dicho también otra cosa más importante todavía: lo que podemos hacer ahora, mientras todavía estamos aferrados al “cable” de la vida: entrar en el Reino, crecer, prepararnos para el gran paso de manera que sea jubiloso y libre, como el levantar vuelo del pájaro que va hacia la tierra donde sabe que encontrará el sol y mucho calor.

La “tierra” en la cual pensamos en cada Misa, cuando decimos: “Anunciamos tu muerte, Señor, proclamamos tu resurrección, en espera de tu venida”.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la Parroquia de San Juan Evangelista, Spinaceto (18-XI-1979)

– Necesidad de velar

En la liturgia de este domingo, el Señor nos dirige, especialmente una palabra: “Velad”. Cristo la ha pronunciado bastantes veces y en circunstancias diversas. Hoy la palabra “velad” se une a la perspectiva escatológica, a la perspectiva de las realidades últimas: “velad y orad en todo tiempo, para que podáis presentaros ante el Hijo del hombre” (cfr. Mt 24, 42. 44).

A este ruego corresponden ya las palabras de la primera lectura del libro del profeta Daniel. Pero sobre todo corresponden las palabras del Evangelio según Marcos. Estas palabras afirman que “el cielo y la tierra pasarán” (Mt 13,31) e incluso delinean el cuadro de este pasar, refiriéndose al fin del mundo.

Me permito referirme a las palabras de la Encíclica *Redemptor hominis*: “El hombre...vive cada vez más en el miedo. Teme que sus productos, naturalmente no todos y no la mayor parte, sino algunos y precisamente los que contienen una parte especial de su genialidad y de su iniciativa, puedan ser dirigidos de manera radical contra él mismo; teme que puedan convertirse en medios e instrumentos de una auto destrucción inimaginable, frente a la cual todos los cataclismos y las catástrofes de la historia que conocemos parecen palidecer” (*Redemptor Hominis* III,15).

– La respuesta personal

Ese “velad” de Cristo, que resuena en la liturgia de hoy en este denso contenido, se dirige a cada uno de nosotros, a cada hombre. Cada uno de nosotros tiene su propia parte en la historia del mundo y en la historia de la salvación, mediante la participación en la vida de la propia sociedad, de la nación, del ambiente de la familia.

Piense cada uno de nosotros en su vida personal. Piense en su vida conyugal y familiar. El marido piense en su comportamiento con la mujer; la mujer en su comportamiento con el marido; los padres para con los hijos, y los hijos para con los padres. Los jóvenes piensen en sus relaciones con los adultos y con toda la sociedad, que tiene derecho de ver en ellos su propio futuro mejor. Los

sanos piensen en los enfermos y en los que sufren; los ricos en los necesitados. Los Pastores de almas en estos hermanos y hermanas, que constituyen el “redil del Buen Pastor”, etc.

Este modo de pensar, que nace del contenido profundo y universal del “velad” de Cristo, es fuente de la verdadera vida interior. Es la prueba de la madurez de la conciencia. Es la manifestación de la responsabilidad para consigo y para con los otros. A través de este modo de pensar y de actuar, cada uno de nosotros como cristiano participa en la misión de la Iglesia.

– Fe, paz, alegría

En la Carta a los Hebreos se afirma que Jesucristo “con una sola oblación perfeccionó para siempre a los santificados” (Hb 10,14). Nosotros mediante la fe, vivimos en la perspectiva de este Sacrificio y Único, y lo realizamos constantemente, cada uno por su cuenta y todos en comunidad, con nuestra vida, con nuestra vela.

No podemos cerrar los ojos a las realidades últimas. No podemos cerrar los ojos ante el significado definitivo de nuestra existencia terrena.

“El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (Mc 13,31), dice el Señor. Debemos vivir con los ojos bien abiertos.

Este abrir los ojos, favorecido por la luz de la fe, trae también la paz y la alegría, como testifican las palabras del salmo responsorial de la liturgia de hoy. La alegría se deriva del hecho que “el Señor es el lote de mi heredad y mi copa” (Sal 16,5). No vivimos en el vacío, y no caminamos en el vacío.

“El Señor es el lote de mi heredad y mi copa,/ mi suerte está en tu mano./ Tengo siempre presente al Señor,/ con Él a mi derecha no vacilaré./ Por esto se me alegra el corazón,/ se gozan mis entrañas” (Sal 16,5.8.9).

Por lo tanto no tengo miedo de aceptar esta exhortación: “Velad, pues, porque no sabéis cuándo llegará vuestro Señor”, velad “porque a la hora que menos penséis vendrá el Hijo del hombre” (Mt 24,42.44).

Esta exhortación plasme nuestra vida desde sus fundamentos. Nos permita vivir en la medida plena de la dignidad del hombre, es decir, en la libertad madura. Dé a la vida de cada uno de nosotros esa dimensión espléndida, cuya fuente es Cristo.

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Jesús recuerda que llegará un día en que Él aparecerá entre las nubes del cielo con gran poder y gloria para juzgar a la Humanidad y “muchos de los que duermen en el polvo de la tierra despertarán, unos para la vida eterna, otros para ignominia perpetua. Los sabios brillarán como el fulgor del firmamento, y los que enseñaron a muchos la justicia, como las estrellas, por toda la eternidad” (1ª Lectura).

Habrà, pues, un juicio. Llegará un momento en que el Señor dirá la última palabra y aparecerá con toda su vigencia el valor de la vida cristiana. La ironía, la sonrisa suficiente ante lo que se estimó como algo ingenuo o insensato enmudecerán. “El cielo y la tierra pasarán, mis palabras no pasarán” (Evangelio). Sabemos que siempre que Cristo se refirió al Juicio puso el acento en el servicio a los demás y en las omisiones, lo que debimos hacer o decir y no lo hicimos o dijimos. “De todas las faltas de mi existencia –confiesa Guitton–, las que pesan más sobre mi conciencia, porque

me parecen irreparables, son las faltas por omisión. ¡Cuántas veces, temiendo las miradas o las sonrisas, he pecado por omisión! ¡Cuántas veces he preferido callarme en vez de dar testimonio! Stendhal tenía razón al decir respecto a un amigo heroico que no había sido ‘bravo más que en la guerra’. He conocido a varios de estos héroes de las dos guerras mundiales que nunca habían tenido miedo a la muerte y que cedían ante el temor de una censura”.

¡Omisiones! No estoy para nadie. Si me llaman, que estoy en una reunión importante y no puedo atenderle. Papá o mamá están cansados, ve a ver la Tele..., y frases similares. Naturalmente esto habrá que decirlo algunas veces: debemos proteger nuestro descanso y nuestro tiempo de los inoportunos. Pero si estamos de tal modo embebidos en nuestro trabajo y aficiones personales que difícilmente encontramos tiempo para Dios y para los demás, es preciso que corriamos ese desorden.

Cristo pone el acento en las omisiones y en el espíritu de servicio, la disponibilidad para lo de la Iglesia y del bien común de los que nos rodean. Cuando no declino compromisos en el ámbito familiar, cultural, social, político, para que la educación, el respeto a la vida, la moralidad pública, la convivencia ciudadana, etc., mejoren siendo generoso con mi tiempo, mi dinero, mis conocimientos, estoy colaborando con Jesucristo, cristianizando la sociedad en la que vivo. Si, además, acudo con frecuencia al Sacramento de la Penitencia y la Reconciliación, no seré juzgado, porque, como recuerda el Catecismo de la Iglesia, “en este sacramento, el pecador, confiándose al juicio misericordioso de Dios, anticipa en cierta manera el juicio al que será sometido al fin de esta vida terrena... Convirtiéndose a Cristo por la penitencia y la fe, el pecador pasa de la muerte a la vida ‘y no incurre en juicio’ (Jn 5,24)” (C.E.C, 1470).

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

“Caminad mientras tenéis la luz, para que no os sorprendan las tinieblas”

— La expresión “los inscritos en el libro”, del profeta Daniel podría referirse no solo a los que soporten los malos tiempos próximos, sino también a todos aquellos que conozcan y acepten los nuevos tiempos, los mesiánicos. Además el texto sostiene que “los que enseñaron a muchos la justicia”, esto es, el camino de Dios, “brillarán toda la eternidad”.

La afirmación fundamental de la perícopa es la aparición del “Hijo del hombre”. También con ecos de la literatura de Daniel, se dirige a los ángeles para que “reúnan sus elegidos de los cuatro vientos”.

La vigilancia es una actitud ante lo que se le viene encima al mundo. Por eso se exhorta a ella mediante tantas comparaciones. E insiste en la vigilancia permanente por la afirmación postrera: “Nadie lo sabe”.

Para quienes tienen la mirada puesta en las próximas horas como máximo, les resulta verdaderamente incómodo plantearse perspectivas de futuro. Lo que preocupa es lo inmediato. Y todo lo que no sea eso, es complicarse porque ¡ya llegará! La mirada hacia el mañana, que para muchos ofrece incertidumbre e inseguridad, no tiene por qué ser así siempre. Nosotros vivimos tiempos que tal vez parezcan temibles y no lo son tanto.

— El glorioso advenimiento de Cristo, esperanza de Israel:

“Desde la Ascensión, el advenimiento de Cristo en la gloria es inminente (aun cuando a nosotros no nos «toca conocer el tiempo y el momento que ha fijado el Padre con su autoridad») (Hch 1,7). Este advenimiento escatológico se puede cumplir en cualquier momento, aunque tal

acontecimiento y la prueba final que le ha de preceder estén «retenidos» en las manos de Dios” (673, cf. 674, 1038, 1039, 1040).

— “Cristo, el Señor, reina ya por la Iglesia, pero todavía no le están sometidas todas las cosas de este mundo. El triunfo del Reino de Cristo no tendrá lugar sin un último asalto de las fuerzas del mal” (680).

— Carácter escatológico de la oración:

“En la Eucaristía, la Oración del Señor manifiesta también el carácter escatológico de sus peticiones. Es la oración propia de los «últimos tiempos», tiempos de salvación que han comenzado con la efusión del Espíritu Santo y que terminarán con la Vuelta del Señor. Las peticiones al Padre, a diferencia de las oraciones de la Antigua Alianza, se apoyan en el misterio de salvación ya realizado, de una vez por todas, en Cristo crucificado y resucitado” (2771; cf. 2772).

— “Cristo, Dios nuestro e Hijo de Dios, la primera venida la hizo sin aparato; pero en la segunda vendrá de manifiesto. Cuando vino callando, no se dio a conocer más que a sus siervos; cuando venga de manifiesto, se mostrará a buenos y malos. Cuando vino de incógnito, vino a ser juzgado; cuando venga de manifiesto, ha de ser para juzgar. Cuando fue reo, guardó silencio, tal como anunció el profeta: «No abrió la boca como cordero llevado al matadero». Pero no ha de callar así cuando venga a juzgar. A decir verdad, ni ahora mismo está callado para quien quiera oírle” (San Agustín, In Ps 49, Serm 18).

Anunciándonos el Juicio al final de los tiempos, Jesús nos invita a dejarnos juzgar ahora por su Evangelio.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

La segunda venida de Cristo.

– El deseo de ver el rostro del Señor.

I. Dice el Señor: Tengo designios de paz y no de aflicción, me invocaréis y Yo os escucharé, os congregaré sacándoos de los países y comarcas por donde os dispersé¹. Son palabras de Dios que nos hace llegar el Profeta Jeremías en la *Antífona de entrada* de la Misa.

Jesucristo cumplió la misión que el Padre le confió, pero su obra, en cierto modo, no está aún acabada. Volverá al fin de los tiempos para terminar lo que comenzó. Desde los primeros siglos, la Iglesia confiesa su fe en esta segunda venida gloriosa de Cristo, cuando vendrá, glorioso y triunfante, *a juzgar a vivos y muertos*². “La Sagrada Escritura –enseña el Catecismo Romano– nos testimonia estas dos venidas del Hijo de Dios. Una, cuando, por nuestra salvación, tomó carne y se hizo hombre en el seno de la Virgen. Otra, cuando vendrá al fin del mundo a juzgar a todos los hombres; esta última es llamada *día del Señor*”³.

La liturgia de la Misa, cuando ya faltan pocos días para que termine el año litúrgico, nos recuerda esta verdad de fe. La *Primera lectura*⁴ nos presenta el anuncio que de ella hizo el Profeta Daniel: *En aquel tiempo se levantará Miguel, el arcángel que se ocupa de tu pueblo: serán tiempos difíciles. Y llegará la plenitud de la salvación, con la resurrección del cuerpo, para todos los*

¹ Antífona de entrada. Jer 29, 11-12; 14.

² Símbolo Niceno-Constantinopolitano.

³ CATECISMO ROMANO, I, 8, n. 2.

⁴ Dan 12, 1-3.

inscritos en el libro. Los que duermen en el polvo despertarán: unos para vida perpetua, otros para ignominia perpetua. Los sabios, quienes entendieron de verdad el sentido de la vida aquí en la tierra y fueron fieles, brillarán como el fulgor del firmamento. El Profeta anuncia a continuación la especial gloria para todos aquellos que, mediante el apostolado en cualquiera de sus formas, contribuyeron a la salvación de otros: los que enseñaron a muchos la justicia brillarán como las estrellas por toda la eternidad.

Los cristianos de la primera época, deseosos de ver el rostro glorioso de Cristo, repetían la dulce invocación: *¡Ven, Señor Jesús!*⁵ Era una jaculatoria tantas veces repetida que incluso quedó plasmada en arameo, la lengua que hablaban Jesús y los Apóstoles, en los escritos primitivos⁶. Hoy, traducida a los diversos idiomas, ha quedado como una de las aclamaciones posibles en la Santa Misa, después de la consagración y adoración. Cuando Cristo se hace realmente presente sobre el altar, la Iglesia le manifiesta el deseo de verle glorioso. De esa forma, “la liturgia de la tierra se armoniza con la del Cielo. Y ahora, como en cada una de las Misas, llega a nuestro corazón necesitado de consuelo la respuesta tranquilizadora: *El que da testimonio de estas cosas dice: Sí, voy enseguida*”⁷. Y aunque no haya llegado aún el momento de estar con Él en el Cielo, anticipa este instante dichoso al venir a nuestra alma, pocos instantes después, en el momento de la Comunión. “Que la invocación apasionada de la Iglesia: *Ven, Señor Jesús* –pedía el Papa Juan Pablo II–, se convierta en el suspiro espontáneo de vuestro corazón, jamás satisfecho del presente, porque tiende al “todavía no” del cumplimiento prometido”⁸, cuando con nuestros propios cuerpos ya gloriosos encontremos la plenitud en Dios. Ahora, en la intimidad de nuestra alma, le decimos a Jesús: *Vultum tuum, Domine, requiram*⁹, buscaré, Señor, tu rostro, el que un día, con la ayuda de tu gracia, tendré la dicha de ver cara a cara.

– Su venida gloriosa.

II. *El Señor es el lote de mi heredad y mi copa, // mi suerte está en tu mano. // Tengo presente al Señor, // con Él a mi derecha no vacilaré. // Por eso se me alegra el corazón, // se gozan mis entrañas, // y mi carne descansa serena: // Porque no me entregarás a la muerte // ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción*¹⁰. Este Salmo responsorial de la Misa se refiere a Cristo, como se interpreta en los *Hechos de los Apóstoles*¹¹, y en él está anunciada la resurrección de nuestros cuerpos al final de los tiempos. Verdaderamente podemos decir en la intimidad de nuestro corazón que *el Señor es el lote de mi heredad y mi copa*, lo que me ha tocado en suerte, y *se llena de alegría mi corazón, se goza lo más íntimo de mi ser, y en Él descanso sereno*, ahora y al fin de los tiempos. Cristo es la gran suerte de nuestra vida. *Él está sentado a la derecha de Dios y espera el tiempo que falta*¹².

Al fin de los tiempos, leemos en el Evangelio de la Misa¹³, *verán venir al Hijo del Hombre sobre las nubes con gran poder y majestad; enviará a los ángeles para reunir a sus elegidos de los cuatro vientos, del extremo de la tierra al extremo del cielo. Si en su Encarnación pasó oculto o ignorado, y en su Pasión se ocultó por completo su divinidad, al fin de los siglos vendrá rodeado de*

⁵ Apoc 22, 20.

⁶ Cfr. 1 Cor 16, 22; Didaché, 10, 6.

⁷ JUAN PABLO II, *Homilía* 18-V-1980.

⁸ *Ibidem*.

⁹ Sal 26, 8.

¹⁰ Salmo responsorial. Sal 15, 5; 8-9.

¹¹ Cfr. *Hech* 2, 25-32; 13, 35.

¹² Segunda lectura. *Heb* 10, 11-14; 18.

¹³ *Mc* 13, 24-32.

majestad y gloria, como anunció el Profeta Daniel, con grandes señales en la tierra y en el cielo: *el sol se oscurecerá y la luna no dará su resplandor, y las estrellas del cielo caerán, y las potestades de los cielos se conmoverán*. Vendrá como Redentor del mundo, como Rey, Juez y Señor del Universo, “no para ser de nuevo juzgado –enseñan los Padres de la Iglesia–, sino para llamar a su tribunal a aquellos por quienes fue llevado a juicio. Aquel que antes, mientras era juzgado, guardó silencio refrescará la memoria de los malhechores que osaron insultarle cuando estaba en la cruz, y les dirá: *Esto hicisteis y yo callé*.”

“Entonces, por razones de su clemente providencia, vino a enseñar a los hombres con suave persuasión; en esa otra ocasión, futura, lo quieran o no, los hombres tendrán que someterse necesariamente a su reinado (...). Por esa razón, en nuestra profesión de fe, tal como la hemos recibido por tradición, decimos que creemos en aquel *que subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin*”¹⁴. Y se mostrará glorioso a quienes le fueron fieles a lo largo de los siglos, y también ante quienes le negaron, o le persiguieron, o vivieron como si su Muerte en la Cruz hubiera sido un acontecimiento sin importancia. La humanidad entera se dará cuenta de cómo Dios Padre *le ensalzó y le dio un nombre superior a todo nombre, a fin de que al nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor para la gloria del Padre*¹⁵.

¡Cómo debemos dar por bien empleados nuestros esfuerzos por seguir a Cristo, ese cúmulo de cosas pequeñas, de servicios casi intrascendentes, que procuramos hacer cada día por Dios, y que quizá nadie ve...! Jesús nos tratará, si somos fieles, como a sus amigos de siempre. *Por eso se me alegra el corazón, se gozan mis entrañas, y mi carne descansa serena*.

– **La esperanza en el día del Señor.**

III. *Me enseñarás el sendero de la vida, // me saciarás de gozo en tu presencia, // de alegría perpetua a tu derecha*¹⁶, continúa el Salmo responsorial.

La segunda venida de Cristo es designada frecuentemente en la Sagrada Escritura con el término griego *parusía*, que en el lenguaje profano significaba la entrada solemne de un emperador en una ciudad o provincia, donde era saludado como salvador de aquella tierra. El momento de la entrada, que siempre tenía algo de inesperado, era tenido como día de fiesta y, a veces, era el punto de partida para un nuevo cómputo del tiempo¹⁷: se quería indicar que con aquel acontecimiento comenzaba algo nuevo. Para nosotros, la llegada de Cristo será la gran fiesta, pues el alma se unirá de nuevo a su propio cuerpo, y comenzará un “nuevo cómputo del tiempo”, una nueva forma de existencia, donde cada uno –cuerpo y alma– dará gloria a Dios en una eternidad sin fin.

La esperanza en este *día del Señor* fue para los primeros cristianos un estímulo para perseverar y tener paciencia ante las adversidades. San Pablo lo recuerda en incontables ocasiones. También a nosotros nos ayudará a ser fieles al Señor, especialmente si alguna vez el ambiente que nos rodea es adverso y está lleno de dificultades. *Debemos dar gracias a Dios en todo momento por vosotros, hermanos* –escribe el Apóstol a los cristianos de Tesalónica–, *como es justo, porque vuestra fe crece de modo extraordinario y rebosa la caridad de unos con otros, hasta el punto de que nos gloriamos de vosotros en las iglesias de Dios por vuestra paciencia y fe en todas las*

¹⁴ SAN CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis 15*, sobre las dos venidas de Cristo.

¹⁵ *Flp 2, 9-11*.

¹⁶ Salmo responsorial. *Sal 15, 10*.

¹⁷ Cfr. M. SCHMAUS, *Teología dogmática*, vol. VII, Los Novísimos, p. 134.

*persecuciones y tribulaciones que soportáis. Esto es señal del justo juicio, en el que sois estimados dignos del reino de Dios, por el que ahora padecéis*¹⁸.

El Señor permite que en ocasiones suframos algo por ser fieles a sus enseñanzas, o que nos llegue la enfermedad o el dolor, para que aumentemos nuestra confianza en Él, vivamos mejor el desprendimiento de la honra, de la salud, del dinero..., para hacernos dignos del reino que nos tiene preparado. También para que, metidos en medio del mundo, recordemos que “el reino de Dios, iniciado aquí abajo en la Iglesia de Cristo, no es de este mundo, cuya figura pasa, y su crecimiento propio no puede confundirse con el progreso de la civilización, de la ciencia o de la técnica humanas, sino que consiste en conocer cada vez más profundamente las riquezas insondables de Cristo, en esperar cada vez con más fuerza los bienes eternos, en corresponder cada vez más ardientemente al amor de Dios, en dispensar cada vez más abundantemente la gracia y la santidad entre los hombres”¹⁹.

Rev. D. Pedro IGLESIAS Martínez (Rubí, Barcelona, España) (www.evangelinet.com)

Él está cerca

Hoy recordamos cómo, al comienzo del año litúrgico, la Iglesia nos preparaba para la primera llegada de Cristo que nos trae la salvación. A dos semanas del final del año, nos prepara para la segunda venida, aquella en la que se pronunciará la última y definitiva palabra sobre cada uno de nosotros.

Ante el Evangelio de hoy podemos pensar que “largo me lo fiáis”, pero «Él está cerca» (Mc 13,29). Y, sin embargo, resulta molesto —¡hasta incorrecto!— en nuestra sociedad aludir a la muerte. Sin embargo, no podemos hablar de resurrección sin pensar que hemos de morir. El fin del mundo se origina para cada uno de nosotros el día que fallezcamos, momento en el que terminará el tiempo que se nos habrá dado para optar. El Evangelio es siempre una Buena Noticia y el Dios de Cristo es Dios de Vida: ¿por qué ese miedo?; ¿acaso por nuestra falta de esperanza?

Ante la inmediatez de ese juicio hemos de saber convertirnos en jueces severos, no de los demás, sino de nosotros mismos. No caer en la trampa de la autojustificación, del relativismo o del “yo no lo veo así”... Jesucristo se nos da a través de la Iglesia y, con Él, los medios y recursos para que ese juicio universal no sea el día de nuestra condenación, sino un espectáculo muy interesante, en el que por fin, se harán públicas las verdades más ocultas de los conflictos que tanto han atormentado a los hombres.

La Iglesia anuncia que tenemos un salvador, Cristo, el Señor. ¡Menos miedos y más coherencia en nuestro actuar con lo que creemos! «Cuando lleguemos a la presencia de Dios, se nos preguntarán dos cosas: si estábamos en la Iglesia y si trabajábamos en la Iglesia, Todo lo demás no tiene valor» (Card. J.H. Newman). La Iglesia no sólo nos enseña una forma de morir, sino una de forma de vivir para poder resucitar. Porque lo que predica no es su mensaje, sino el de Aquél cuya palabra es fuente de vida. Sólo desde esta esperanza afrontaremos con serenidad el juicio de Dios.

¹⁸ 2 Tes 1, 3-5.

¹⁹ PABLO VI, *Credo del pueblo de Dios*, n. 27.